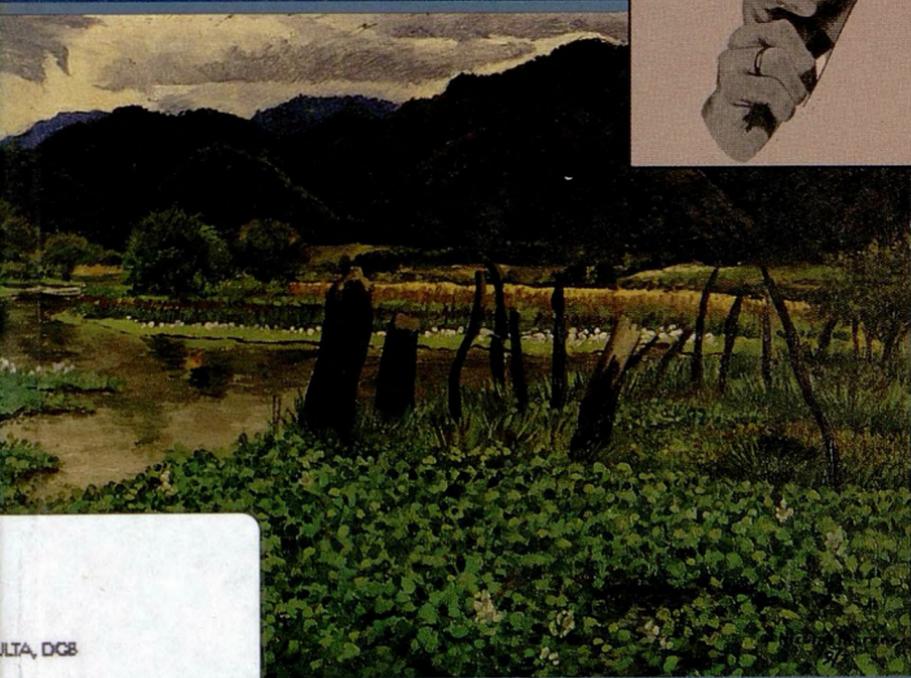
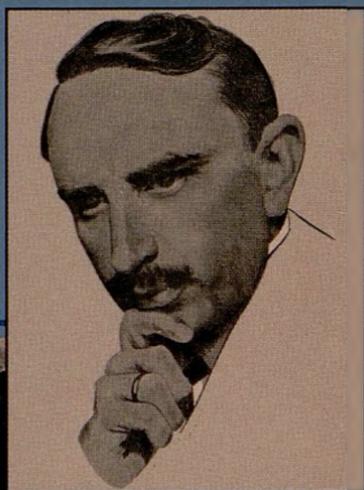


LOS ROMANCEROS DE JOSE MARÍA GURRÍA URGELL

4

ROMANCERO
DE PICHUCALCO



ULTA, DGB

Gobierno del Estado de Chiapas

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

**LOS ROMANCEROS DE
JOSE MARÍA
GURRÍA URGELL**

4

**ROMANCERO
DE PICHUCALCO**

LOS ROMANCEROS DE JOSE MARÍA GURRÍA URGELL

- VOLUMEN 1 **ROMANCERO DEL SANTUARIO**
- VOLUMEN 2 **ROMANCERO DE TABASCO**
- VOLUMEN 3 **ROMANCERO DEL GRIJALVA**
- VOLUMEN 4 **ROMANCERO DE PICHUCALCO**
- VOLUMEN 5 **ROMANCERO DEL RECUERDO**
- VOLUMEN 6 **ROMANCE DE LOS TRES DIOSES**
- VOLUMEN 7 **ROMANCERO DE VERACRUZ**
- VOLUMEN 8 **ANTOLOGÍA DEL RECUERDO**

**LOS ROMANCEROS DE
JOSE MARÍA
GURRÍA URGELL**

4

**ROMANCERO
DE PICHUCALCO**

1993

Gobierno del Estado de Chiapas

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

F7
8614
G 83
R 67
NT 2.55623

LOS ROMANCEROS DE JOSÉ MARÍA GURRÍA URGELL

VOLUMEN 4 • ROMANCERO DE PICHCALCO

© 1993 por Gobierno del Estado de Tabasco.
Instituto de Cultura de Tabasco.
Dirección Editorial.
Calle Sánchez Magallanes,
Fraccionamiento Portal del Agua,
Lote 1. C.P.M. 86000.
Villahermosa, Tabasco.

© 1993 por Gobierno del Estado de Chiapas.
Consejo Estatal de Fomento a la
Investigación y Difusión de la Cultura.
DIF - Chiapas.
Instituto Chiapaneco de Cultura.
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

IMPRESO EN MÉXICO • PRINTED IN MEXICO

ESTE CUARTO VOLUMEN DE
-LOS ROMANCEROS DE JOSÉ MARÍA GURRÍA URGELL-
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 1993.
A CARGO DE OMEGA EDITORES -CUERVO No. 30, FRACC. LAS
ARBOLEDAS, 52500 ATIZAPÁN DE ZARAGOZA, EDO. DE MÉXICO-.
LA EDICIÓN CONSTA DE 3,000 EJEMPLARES,
MÁS SOBRAINTES PARA REPOSICIÓN.
PINTURA DE LA PORTADA: NICOLÁS MORENO.
DISEÑO DE PORTADA: ANDREA GABRIELA FERNÁNDEZ.

CONTENIDO

VOLUMEN 4

Romance de Pichucalco	1
Romance de los imposibles	17
Romance del alabado	21
Romance de la venada	31
Romance de Pancho Pablo	33
Romance de ensalmo	45
Romance de la cabaña	53
Romance del casamiento	57
Romance de Fermín Mazariego	65
Romance de Timoteo de la Cruz	81
Romance de Don Encarna	93
Romance de las prisioneras	95
Romance de Simón Pérez	101
Romance de los consejos	103
Romance de Fermín Gorbea	115
Romance de la maldición	119
Romance de una canción	129
Romance del testamento	131
Romance de la quiebra del cacao	141
Romance de la quema	151
Romance de primavera	161

Romance de Ramón López	165
Romance de los saludos	169
Romance de la Laguna Encantada	179
Romance del ciclón	185
Romance de la palabra	191

ROMANCE DE PICHUCALCO

I

PICHUCALCO SE POSÓ
en un nido de la sierra
y es natural que se adorne
y se acalore con ella.

Un arroyo cancionero
a lo largo lo atraviesa
y aves y flores conjura
su murmullo de agua fresca.

Se le retuercen las calles
bajo el sol que lo caldea;
sus casas suben y bajan
según se tomen las cuestas.

Si se suben, ellas bajan;
si se bajan, suben ellas
y si uno queda parado,
paradas al punto quedan.

Afán de vida y trabajo,
colmenar lleno de abejas;
arrieros que van gritando;
sonar de cascos de recuas.

Y en el pronto anochecer,
el herraje de las bestias
arranca del empedrado
fuegos fatuos y luciérnagas.

Y la Villa tiene un parque,
corazón siempre de fiesta,
que se le llena en las noches
de casadas y doncellas.

Mujeres de ensoñación,
carne de pálida cera
que da la luz de sus ojos
y el hollín de sus ojeras.

Mujeres, flores de amor,
que las marimbas requiebran
al golpear de los palillos
en el flojo de las teclas.

Los tiples alzan sus voces
distintas y paralelas,
mientras los bajos descienden
en los tubos de madera.

Y aunque no logran fundirse
en la cadencia se mezclan
como palomas torcaces
que se arrullan y se besan.

Quejumbre de agua y metal,
bajo la noche serena,
en que el metal es de palo
y viento el agua que sueña.

Nocturnos de tibia sombra
con leve rumor de selva
en donde guiños se cambian
los ojos de las estrellas.

Nocturnos iluminados
nocturnos de luna llena;
con el recuerdo de alguno
quiero alumbrar mi poema.

La claridad de la luna
resbalando por las tejas
en cascada silenciosa
se derrumba en las aceras,
y por las calles desciende
rebotando entre las piedras.

II

A una reja me acerqué
por acercarme a su dueña
y punteando mi guitarra
le canté de esta manera:

III

— Buenas noches, señorita,
perdone si la despierto;
pero no puedo dormirme
sin decirle lo que siento.

Los lirios en el arroyo
están creyéndose bellos
porque sus manos no salen
a compararse con ellos.

Está llorando la luna
y una lágrima en el suelo
está soñando ser agua
para servirla de espejo.

Los claveles del jardín
están creyéndose bellos
porque su boca no sale
a compararse con ellos.

Voy a decirle una cosa,
de mirar cuanto la quiero
las dos niñas de mis ojos
se están muriendo de celos.

Los luceros de la noche
están creyéndose bellos
porque sus ojos no salen
a compararse con ellos.

Le traigo mi corazón
de blando barro bermejo
por si le quiere sembrar
un granito de consuelo.

Los granos de los elotes
están creyéndose bellos
porque sus dientes no salen
a compararse con ellos.

Buenas noches, señorita,
a mi casa me regreso;
tengo la seguridad
de soñarla si me duermo.

Una lágrima de luna
me llevo dentro del pecho;
es aquella que soñaba
con servirla para espejo—.

IV

No me digan con desdén
que mi canto es de ranchero,
pues de ranchero presumo
y de rancheros provengo.

V

Rancheros de Pichucalco:
escaladores de sierras,
domeñadores de ríos,
derribadores de selvas.

Unos vinieron de Tuxtla,
otros de Teapa la bella,
algunos de Huimanguillo
y otros más de la Frailesca.

Pobladores de otros tiempos
al resplandor de su estrella,
se jugaron la fortuna
y, con ella, la existencia.

Es muy cierto que en su sangre
fundieron sus excelencias
la española valentía
y la indiana resistencia.

Pero el indio y el hispano
no les dejaron de herencia
ni una tierra labrantía
ni una casa, ni una iglesia.

Todo debieron hacerlo
con el valor de su fuerza
con el sudor de sus rostros,
con audaz inteligencia.

Y pelearon con montañas,
con árboles y culebras,
con el calor imposible;
con el hambre de las fieras.

Con las lluvias torrenciales,
y el fragor de las tormentas,
con los desbordes del río,
y con la sed de la Seca.

Con el mosco y con la fiebre
que el pantano fermenta;
con el borracho valiente
y el criminal sin condena.

Tumbar debieron el bosque
con el hacha que se mella
y que arranca son distinto
según el palo en que pega.

Rosaron los acahuales,
se tostaron en las quemas,
sembraron en las cenizas
y levantaron cosechas.

Al toro le dieron vacas,
al gallo le dieron hembras,
al berraco dieron tuncas
y al potro dieron sus yeguas.

Y plantíos y potreros
les concedieron la tierra.
No el gobierno ni la ley,
que disponen de la ajena.

Y así fue como fincaron
sus ranchos y sus haciendas.
Haciendas para vivir
y para morir en ellas.

VI

Nada más con mencionarlas
el recuerdo las despierta.
¡Quién las pudiera pintar
como el alma las conserva!

VII

El plan del sitio se tiende
a manera de una alfombra
en verde zacate fino
sobre llanuras y lomas.

De trecho en trecho un frutal:
jabos, nances o toronjas,
que ciernen la luz del sol
en el filtro de su fronda.

Telaraña de oro y plata,
cuelga su malla redonda
en los tarros del ganado
echado bajo la sombra.

La Casa Grande rodea
una cerca protectora
con postes de cocoite
que echan follaje y enfloran.

En los patios de la casa,
sobre mantas secadoras,
las almendras del cacao
en luz del sol se coloran.

La huerta para legumbres
y el jardín para las rosas,
las gardenias y las dalias
que regalar a las novias.

Un corral. Puerta de trancas
donde las aves se posan,
sugiriendo al que la mira
un pentagrama con notas.

(Don Encarna que la ve
un distinto son entona,
según la vara y el orden
en que se paran las tórtolas).

Y regadas en el plan
casas de seto y de ojas
y todo envuelto en naranjos
que enero viste de boda.

Más allá las plantaciones,
el hular de flores rojas,
cacaoteros que desgaja
el peso de sus mazorcas.

Maizal extenso y rizado
lleva en el centro una troja;
arrozales que en el agua
se refrescan y se doran.

Cañaverales que lucen,
flor de pluma voladora.
El frijolar que se siembra
poco después que la dobla.

Los potreros de repasto
para las reses de engorda
donde el pajón y el egipto
parecen mares con olas.

Y el pequeño cementerio
que poco a poco devora
lo que viniera a la vida
con los besos de las bocas.

VIII

Tales eran las haciendas
del Santuario y Santa Marta,
San Francisco, La Crimea,
San Antonio y Palma Huaca.

Enumerar las demás,
no podría, ni hace falta;
mas si su cuerpo mostré,
les voy a mostrar el alma.

IX

Pueblecitos más que haciendas
donde la vida se norma
en los moldes patriarcales
de las edades remotas.

Un ambiente de otros días
junta gustos y zozobras.
Con el amo y el sirviente
una familia se forma.

Un mismo cielo los cubre,
al mismo Señor imploran;
tienen los mismos trabajos
y el mismo amor a las cosas.

El campesino disfruta
de terreno y casa sola;
no hay un huérfano jamás
que la bondad no recoja.

No hay paga para el trabajo;
mas del fruto que se logra,
todos tienen una parte
y es del amo lo que sobra.

No hay raciones por labor,
se reparten por personas.
El que más familia tiene
es quien más raciones cobra.

Enfermos, viejos y niños
sin trabajo y sin limosna
gozan de techo y comida,
de medicina y de ropa.

Trabaja el hombre maduro,
trabaja la gente moza;
pero el trabajo es la ley
y también al amo toca.

Cierto que el amo castiga
mas castigando sus obras,
nunca puede ser injusto
ni su mano rigurosa.

Pudo ser malo el sistema;
pecar contra la persona;
mas cambiarlo, destruyendo,
no hizo la vida dichosa.

Haciendas de Pichucalco
con zacatillos de alfombra,
fincadas junto del río
o en la cumbre de las lomas.

X

El recuerdo me ha punzado
como una espina traidora,
¿qué mucho que mi romance
termine en una dolora?

Pero en la selva no faltan
cuerdas de liras eolias
que del viento del dolor
hagan cantos de victoria.

XI

¿Qué se hicieron los Gurrías
de la hacienda del Santuario?
No los volvieron a ver
la Ventana, ni el Naranja.

¿Qué se hicieron los Ortices,
los Rojas y Castellanos,
los Pastranas y Vidales,
los Ravelos y Camachos?

¿Los Córdovas y Contreras,
los Cristianis y Everardos,
los Torres y Mollinedos,
Bustamantes y Sanjeados?

¿Los Argüelles y Romeros,
los Castillos y Santiagos,
los Lorcas y los Quevedos,
los Asmitias y los Ramos?

¿Los Bulnes y los González,
los Sauris y Maldonados,
los Bastares y Garcías,
Cantorales y Calcáneos?

Murieron los que la sierra
con su valor escalaron;
los que vencieron los ríos
y la selva derribaron.

También murieron los hijos
y en otra parte fincaron,
y los hijos de los hijos
sus abuelos olvidaron.

Y en las puertas de las mozas
han de rayar los caballos,
con borlados mantillones
bajo los fustes plateados.

Y gozarán la alegría
de ser buenos y ser bravos.
Subirán los voladores;
tronarán los camarazos.

La marimba cantará
en el parque alborozado.
Y en el nocturno lunar
la serenata de antaño
logrará que el Viejo Amor
haga su eterno milagro.

ROMANCE DE LOS IMPOSIBLES

DIVIDIENDO SANTA RITA
en potreros y sembrados,
el camino se metía
en un toldo de naranjos.
Bolas de oro por el suelo,
reventaba mi caballo.

Y vi venir a la niña
por quien andaba penando.
El naranjal se cubrió
en un instante de blanco
y la brisa trascendía
olor de novia y de santo.

Rosas llevaba en el pecho;
gardenias en el peinado.
Y en la linda miniatura
de sus labios encarnados,
estaba un beso dormido
en un grano de cacao.

De mi potro desmonté
por caminar a su lado;
y le abrí mi corazón:
un pebetero quemando
en brasero de claveles
el incienso de sus nardos.

Le hablé de mi alma doliente
embujada por su encanto
y, mirando sus alburas,
le hablé también de sus manos,
de sus manos curanderas
como las flores del saúco.

Y como no contestara,
la comparé despechado
al guarumo de alma hueca
que no da jugo ni grano
y finge el palo del hule
y las hojas del papayo.

Alzó los ojos, herida
por la ofensa de mis labios.
Y miré dos imposibles,
dos imposibles llorando,
tan amargos como negros
y tan negros como amargos.

Sentí en el alma un vacío;
y el frío, en él, era tanto,
que congelando las gotas
silenciosas de mi llanto,
las mezclaba con la nieve
de la flor de los naranjos.

Llegó la noche. Monté;
espuelas iba calzando.
Hice rodar sus estrellas
en el vientre del caballo
y a galope me aventé
sobre una luna de mayo.

Los recuerdos son luceros
que iluminan el pasado.

¡Qué de estrellas brillarían
si se hubiera despertado
aquel beso que dormía
en un grano de cacao!

ROMANCE DEL ALABADO

I

A MEDIADOS DE DICIEMBRE
de mil novecientos cuatro,
robaron al Niño Dios
en la finca del Santuario;
pero ustedes no se apuren,
pues pasa todos los años.

Memorar quieren la historia
del Santo Niño extraviado;
tan solo que en vez de escribas,
fariseos y letrados,
lo rodean los Doctores
en sufrimientos humanos.

Todos saben donde posa
el Infante que robaron;
pero leales al secreto,
fingen andarlo buscando.
Señá Chica Cruz lo tiene
en el altar de su cuarto.

Ese cuarto es una casa
de jaguactes y de guano,
en la loma de los Pérez
y camino del Mulato.
Nomás se cruza el arroyo
y se divisa el cercado.

Allí le rezan de noche;
y del coro del rosario,
de tiempo en tiempo levantan
las antífonas de Guacho,
como ráfagas canoras,
hasta la gloria del Santo.

El tierno Infante los mira
con sus ojos almendrados,
bajo la Virgen del Carmen
que con un escapulario,
va sacando pecadores
de las llamas del pecado.

Y cuando el sol de otro día,
alumbra montes y llanos,
y en la penosa jilea,
suda el hombre en su trabajo,
las mujeres de la hacienda,
vagan, por El, preguntando.

—Diga asté, Señá Felipa,
¿a nuestro Dios encontraron?
¿Han registrado las casas
y los rincones del campo?
¡Y la víspera lo vieron
y le rezaron trisagios!

En el tronco del caimito
que por viejo derribaron,
por darle gusto a la lengua.
dejó Felipa su cántaro.
Los nadadores chocaban
entre la boca de barro.

—No parece, Señá Maura;
dicen que por Pichucalco
vieron pasar con un oso
a una banda de gitanos.
¡Quién sabe si eran judíos
y ya lo crucificaron!

Pero allá viene Octaviana.
¿No le han dicho lo de Tránsito?
Estaban los sinvergüenzas
bajo la mata de mango.
¡Y tanta espina como hay
de cornesuelo morado!

Octaviana, —¿qué nos dices?
¿al infante has encontrado?
Si en el mango lo buscaste
otro niño habrás hallado.
¡Así venga el pobrecito
con espinas coronado

— Para qué negarlo, Doña,
que estuve a ver en el mango.
Oyí su queja y creí
que lo estaban rematando,
por un lado las espinas
y por el otro Serapio.

— ¡Miren a la deslenguada
y lo que tiene inventando!
De no estar la Señá Maura,
me conocieras las manos.
— Callen, que el amo se acerca
al trotar de su caballo.

Y pasó Manuel Gurría
con el reír en los labios.
— Buenos días, las mujeres.
— Buenos días de Dios, mi amo.
— ¿No encuentran al Santo Niño?
— Será para el veinticuatro.

II

La mañana fue lluviosa
y la tarde entreverada;
pero cuando anocheció,
sobre la ceiba más alta,
la luna llena colgó
el farol de su naranja.

En casa de Señá Chica,
la procesión se formaba.
Hombres, mujeres y niños,
de a cuatro, se aparejaban.
¡Cómo brillaban las velas
sobre la loma lejana!

De la cumbre se desprenden
y a la Casa Grande bajan.
Un enjambre de luciérnagas
que descienden en la oscurana,
continuando por luceros
que a su cola se agregaban.

Va delante el Niño Dios,
en un tapezco por andas.
Lo conducen al altar
de donde antes lo robaran
y alabados y ancestrales
mezclan ingenuas plegarias.

—“La Virgen Pura camina
en la más fresca mañana”.
Canta la voz de Marina
y le contesta Juliana:
—“El hijo de sus amores
va buscando desolada”.

Maximina se arrodilla
y se pone a suplicar:
—¡Señor, devuelve la vista
a los que ciegos están.
Cerró la gota serena
los ojos de mi Germán!

Y el coro de peregrinos;
como brisa sobre el mar:
—“Alabado sea el Santísimo
Sacramento del Altar”.

—“¿No miraron, los romeros,
al hijo de mis entrañas?”
—“Por aquí pasó, Señora,
antes que el gallo cantara;
iba cargando una cruz
de madera muy pesada”.

Y Cirila se arrodilla
y se pone a suplicar:
—Cura, Señor, esta llaga
que no me quiere cerrar;
si la sangre tengo mala,
Tú me la puedes limpiar.

—“¿No saben, si padecía,
que alguno lo consolara?”
—“Con una sogá en el cuello,
Judas lo martirizaba
y de rodillas caía
a cada tirón que daba”.

Margarita se arrodilla
y se pone a suplicar:
—Devuélveme a mi marido
que de soldado andaré;
por un mal pronto que tuvo
se lo llevaron nomás.

—“¿No supieron si San Juan
en el trance lo ayudaba?”
Canta la voz de Marina
y le responde Juliana:
—“Ayudarlo no podía
con la cabeza cortada”.

Y Ponciana se arrodilla
y se pone a suplicar:
—El hijo de mis dolores
nunca pudo caminar.
El mal de ojo que le hicieron
no lo pueden ensalmar.

Y el coro de peregrinos,
como brisa sobre el mar:
—“Alabado sea el Santísimo
Sacramento del Altar”.

Y siguen los alabados
mezclándose a las plegarias.
Las candelas alumbrando,
tristes lágrimas derraman
por lo que canta Marina
y lo que canta Juliana.

III

A través de muchas leguas;
a través de muchos años;
a través de lo vivido;
a través de lo penado,
a los romeros me junto
aunque llego retrasado.

—“¿No me pudieran decir
por dónde se lo llevaron?”
Canta la voz de Marina
y yo doy el contestado:
—Donde su sangre cayó,
tulipanes reventaron.

Caigo de hinojos y grito:
— ¡Tú me puedes ensalmar
del mal de gota serena
que mi fe pudo apagar,
de la llaga de mi orgullo,
del mal pronto de mi afán.

Y el coro de peregrinos
como brisa sobre el mar:
— “¡Alabado sea el Santísimo
Sacramento del Altar!”

— “A Jesús me crucifican
en el cerro del Calvario”.
Canta la voz de Marina,
y yo río contestando:
— ¡Seca, Señora, tus ojos
con la punta de tu manto!

— Es verdad que en esa Cruz
a tu Jesús enclavaron;
pero sólo consiguieron
hacer aurora el ocaso
y que abriera para mí
la redención de sus brazos!

IV

En el altar del Santuario,
al Santo Niño colocan
y los labios de la Virgen
nuevamente se coloran.

Flores de tigre amarillas,
contrastan con amapolas
que para el Niño nacieron
en las abras de las lomas.

Y repica la campana
mientras el coro salmodia:
—“Dios te salve Reina y Madre,
Madre de Misericordia . . .”

Después . . . , la fiesta pagana:
el zapateado y las bombas.
El amor en las miradas
y en las sonrisas retoza.

Pegan galas, los chontales,
en las frentes de las mozas.
¡Noche Buena! ¡Noche Buena
en la Tierra y en la Gloria!

ROMANCE DE LA VENADA

VENADA, ¿QUIÉN TE ASUSTÓ
en tu lejana floresta,
que has llegado sin aliento
hasta el vano de mi puerta?

El resuello se te corta
y se te doblan las piernas;
por lo menos has corrido,
sin descanso, siete leguas.

Se te sale el corazón
y todo el cuerpo te tiembla
y tu miedo me suplica
en tus ojos como almendras.

No me mires más así,
entra luego, no me temas;
yo te daré grano limpio,
hojas verdes, agua fresca.

Tomarás en la mi mano,
pan y sal de mi pobreza
y al calor de mis cuidados
irás cobrando la fuerza.

Pero un día sentirás
la saudad de tu pradera
y te irás por la mañana
sin decirme adiós siquiera.

Y a la pena que yo tengo
añadirás otra pena.
¡Pueda ser que acompañadas
se tornen menos acervas!

ROMANCE DE PANCHO PABLO

I

EN UNA NOCHE DE INSOMNIO
y nostalgias del Santuario,
se me vino a la memoria
el tusero Pancho Pablo
y la historia de su nieta
con un hombre de a caballo.

Vi de nuevo el pajonal,
un arroyuelo llorando,
una alborada de luna,
un crepúsculo de ocaso
y como pienso en romance
en romance lo relato.

II

Además de buen tucero,
pues no hay tuza que le escape,
Pancho Pablo es curandero;
sin que ninguno lo iguale
en Platanar, en Camoapa,
o en la ribera de Juárez.

Su noble ciencia divide
entre dos enfermedades:
el Espanto que conjura
con ensalmos y brebajes
y el Mal Viento que remedia
con ventosas y masajes.

En un caso y en el otro,
de principio y de remate,
por siete veces escupe
en la tierra con coraje;
murmura siete oraciones
y siete cruces añade.

Y como el número siete
presidía sus rituales,
le pregunté, con malicia,
por qué el siete tanto vale
y al punto me refirió
cosas raras y notables.

—Siete estrellas tiene el Carro
que son siete luminares;
siete tienen las Cabrillas;
siete números los naipes
y las canciones de amor
siete notas musicales.

Cayó Jesús siete veces
en camino de maldades.
Siete son los sacramentos
y los días semanales.
Existen siete virtudes,
siete pecados mortales.

Siete palabras de Cristo;
siete luceros polares;
siete colores de fuego
en los arcoiris arden
y en el pecho de la Virgen
se clavan siete puñales.

Hubo siete profecías,
siete sabios inmortales;
siete grandes maravillas
y siete son las señales
que bajarán del azul
cuando este mundo se acabe.

Existieron siete enanos
y siete plagas fatales;
hubo siete vacas flacas
y siete vacas cabales;
se contaron siete cielos;
siete sellos, siete mares.

Hay una cama en el Cielo;
cuatro estrellas por pilares,
para tres Reyes-Luceros
y suman siete fanales.
—Pancho Pablo —dije yo;
¡pero cuántas cosas sabes!

Recibió mis alabanzas
como debido homenaje;
le di un trago de aguardiente
que agradeció con modales
y muy pagado de sí
se alejó con paso grave.

III

El verde del pajonal
de repente se derrumba
por dos lomas en pendiente
que en la barranca se junta,
porque un arroyo de plata
sus faldas coge y pespunta.

En donde cruza el arroyo
un camino de herradura,
la nieta de Pancho Pablo
una piedra se procura
para lavarse la ropa
mientras baña su hermosura.

La mojada cabellera
se le pega a la cintura;
la nagua que cubre el pecho
deja sus piernas desnudas
para velar los pezones
de dos toronjas menudas.

Los años, trece, que lleva,
como agostos, la maduran;
y la virtud interior
de crisálida reclusa
se revienta en la sazón
de carne, jugo y pelusa.

Del trabajo de sus manos
brotan hechizos de bruja.
El negro jabón de bola,
al contacto de agua pura,
hace de nieve la ropa
y las pompas de su espuma.

Pasa la gente y al verla,
con cariño la saluda.
Ella levanta la cara;
sacude la greña oscura
y se le parte la boca
en rojo vivo y albura.

Corren las horas. Las niñas,
jamás del tiempo se curan.
Una inmensa soledad
desciende de las alturas
y el sol, en medio del cielo,
contagia su calentura.

Los pájaros se callaron;
ya no pasa gente alguna.
Como la voz del silencio,
en la cercana espesura,
lanzan, chicharras en celo,
sus notas largas y agudas.

Llega un hombre de a caballo
y ve la niña desnuda.
Para beber de la linfa
se baja de la montura.
La sombra de un gavilán
por el arroyuelo cruza.

El canto de las chicharras,
el sol con su calentura,
la soledad imperante.
Un grito. Ruido de lucha.
La niña sangra en la orilla
y el hombre emprende la fuga.

Su crimen viaja con él
y en el pajonal lo empuja.
Dos bestias enloquecidas
que de sí mismas se asustan.
Las flores del pajonal
las azotan como fustas.

Hombre y caballo se pierden
en aquel mar de verdura.
Las chicharras enmudecen;
el sol baja de su altura
y en el silencio reinante
sólo el arroyo murmura.

Pancho Pablo regresó
con una sarta de tuzas.
El delirio de la nieta
le contó su desventura.
Cogió su vieja escopeta
y le confió su fortuna.

Al llegar al pajonal
vio, con mirada sañuda,
que cambiaba sus verdores,
por plateadas vestiduras,
ante un ocaso de sol
y una alborada de luna.

IV

Rejendeando en el pajón
caminaba Pancho Pablo,
los ojos de cacería,
de cacería los pasos.
Si no le escapan las tuzas,
contimás hombre a caballo.

Paciencia de cazador
anula tiempo y desmayo.
A filo de media noche
oyó un gemido lejano;
un gemido que subía
desde el fondo del barranco.

Y la luna le mostró,
con la recta de su rayo,
un bulto que en el arroyo
se encontraba atravesado.
El corazón le saltó
en el pecho acongojado.

Impaciente, la escopeta,
le temblaba entre las manos
y a cargarla procedió
con religioso cuidado,
con pólvora que sacó
del corvo chifle de tarro.

Puso siete garbanceras,
apretando mucho el taco;
cebó bien la chimenea
colocó el mixto dorado,
alzó el gatillo en su muelle
y apuntó a dar en venado.

Al hacerlo se descubre
y oye agónico reclamo:
—¡Socorro! ¡Présteme ayuda!
¡Favor por todos los santos!
—El potro está sobre mí
y el agua me va tapando!

De la tendida escopeta,
bajó el cañón, Pancho Pablo;
dándose cuenta, el astuto,
que era el tiro innecesario
y en vez de acudir, subió
a sentarse en un picacho.

El hombre estaba caído
bajo su muerto caballo
que formaba como un dique
a las aguas del regato
y lentamente subían
a la altura del obstáculo.

Y cubrieron al caído
y después dieron el salto;
en la cima de la loma
se reía el victimario,
como solamente ríen
el tecolote y el Diablo.

Siete veces escupió
sobre los Siete Pecados;
murmuró siete oraciones
y sus dedos descarnados,
sobre las Siete Virtudes,
siete cruces dibujaron.

Y alzando el rostro miró
las siete estrellas del Carro;
y vio las Siete Cabrillas
subir al cielo en rebaño,
como invisibles pastores
las arreaban siete enanos.

Vio los pilares del Lecho
y en éste los Reyes Magos;
en total, siete luceros,
con la luz de siete faros
y oyó las Siete Palabras
de Jesús Crucificado.

Y en el paisaje lunar,
el arroyo caminando,
en recuerdo de la niña
alzaba el don de su canto;
pero su acento tenía
dulzor de queja y de llanto.

V

Pancho Pablo adoleció
poco después del suceso.
Diagnosticóse asimismo
el Espanto y el Mal Viento.
Con las dos enfermedades,
¡no es extraño que haya muerto!

Pero ya resucitó.
Vino del fondo del tiempo,
en una noche de insomnio
que pudo ser de mal viento.
Aquí termina el romance
porque aquí termina el cuento.

ROMANCE DEL ENSALMO

I

ANTONIA, LA CURANDERA,
llegó del pueblo de Moyos.
Con sola su alma vivía
en la orilla del arroyo.
Curaba el mal de San Vito,
males de amor y mal de ojo.

Nadie supo nuncamente
si gozara de años mozos.
Ni el viejo Calixto Cruz
que lo lembraba todo,
ni Pancho Pablo el tucero,
ni Esteban López, el cojo.

Su vejez no envejecía;
enraizaba sólo el tronco.
La estoy viendo en su refajo;
libres los pechos tiñosos
y ciñéndole el pescuezo,
gargantillas como adorno.

A buscarla fue Graciana.
De su morada en el fondo,
la vieja estaba en cuclillas
trajinando en el rescoldo
y sin volver la cabeza,
la oyó decir, con asombro:

—Ya sé, Graciana, que vienes
por Anselma, tu retoño;
y sé que vive inocente
en un mundo muy remoto;
que habla nomás con las manos
y oye nomás con los ojos.

Si quieres verla curada
hay que sacarle el demonio;
me le enciendes dos candelas
al Señor del Buen Socorro,
siete Aves rezas y pones
siete besos en el polvo.

Arruégale al tirador,
matar, te quiera, dos tordos,
y me empapas, con la sangre
una rama de corozo
y la clavas junto al río
en la playa del recodo.

Y cuando llene la luna,
será del viernes en ocho,
me santiguas a la Anselma
desde los pies hasta el moño
y'en el río me la dejas
y te alejas lo más pronto.

Despidióse la Graciana,
el ánimo temeroso,
hizo cuanto le dijeron
y de aquel viernes en ocho,
dejó en la playa a la niña.
Saltó un sapo. Brincó un zorro.

II

La playa bajo la luna
está vestida de novia.
Recostada junto al río
palidece y se sonroja
cobrando tonos azules
que va perdiendo en el rosa.

Con la media noche, llega
como fantasma, la Antonia.
Con la rama de corozo
traza un círculo afanosa
y levantándola en vilo,
pone en el centro a la idiota.

Asiéndola del cabello
le va quitando la ropa,
hasta dejarla desnuda
en el bronce de sus formas.
Mete la palma en el río;
saca un rosario de gotas.

Murmurando encantamientos
en primitivos idiomas,
empieza luego a pegar
en el cuerpo de la moza
repitiendo a cada golpe:
—Cuerpo vil, busca tu sombra.

Huye la enferma asustada
pero en el círculo ronda,
porque su magia le impide
escapar de quien la azota.
La vieja pega y repite:
—Cuerpo vil, busca tu sombra.

Gravita a plomo la luna
y en la playa luminosa
ninguna sombra proyectan
ni la vieja ni la sonsa.
La bruja pega y repite:
—Cuerpo vil, busca tu sombra.

Por vez primera en su vida,
la niña grita y solloza
y por vez primera, el llanto,
entre sus ojos asoma.
La vieja pega y repite:
—Cuerpo vil, busca tu sombra.

Y por fuerza del hechizo
o de la luna piadosa
que desciende lentamente
por acercarse a las frondas,
en la playa iluminada,
la niña encuentra su sombra.

Y como si eso esperase,
el cuerpo se le desploma.
Arrodillada, la bruja,
al Señor de Tila implora
formando grumos de arena
con las lágrimas que llora.

Cuando a las aguas del río
llegó a bañarse la Aurora,
halló a la niña dormida
soñando con mariposas
y una sonrisa partía
la jondura de su boca.

Al despertar a la vida,
tomó rumbo de su choza.
¡Venus de tierra cocida,
que en el plinto de la loma
despeñaba en las laderas
la belleza de su sombra!

III

No sé si Antonia, la bruja,
por su propio encantamiento,
acompañada de su alma
todavía está viviendo
a la orilla del arroyo
como vive en mis recuerdos.

El viejo Calixto Cruz
y Pancho Pablo, el tucero
y Esteban López, el cojo,
hace tiempo que murieron.
También finaron sus hijos
y perecieron sus nietos.

Pero eran seres humanos
hechos de carne y de huesos,
animados solamente
por un poquito de viento,
fuegos fatuos que suscito
en el osario del tiempo.

Si viviese, yo tomara
el camino duro y luengo,
para ver si me curaba
de esta angustia que mantengo,
de ser tan sólo una sombra
que anda buscando su cuerpo.

Y en una playa enlunada
junto al río rezandero,
la vieja Antonia podría
repetir el sortilegio,
exclamando mientras pegue:
—Sombra vil, busca tu cuerpo.

Y ensalmado volvería
al sol naciente mi cuerpo
para volver a gustar
sal de llanto, miel de besos,
mientras mi sobra rodara
por las laderas del cerro.



ROMANCE DE LA CABAÑA

CUANDO MI LUZ SE APAGÓ
la luz que afuera esperaba,
al instante penetró
a través de las persianas
y en un cuarto de carrizos
me convirtió la recámara.

Y en el acto, mi recuerdo,
pobló el cuarto de fantasmas:
vi de nuevo gentes idas,
vi otra vez cosas pasadas
y hasta yo mismo me vi
en la casa de Ponciana.

En una esquina el fogón
y entre tizones en llamas,
la caldereta de cobre
cociendo carne salada.
Encima pende el chuyul
con las jícaras bordadas.

Tapezcos con pabellones
y rojo de las frazadas.
Para subir al tapanco,
largo tronco de majagua
que servía de escalera
con sus muescas como gradas.

Y subida en un cajón,
una moza se curvaba
moliendo el diario pozol
sobre la mesa alargada.
Por sus dos manos cogida,
la de piedra trabajaba.

Sus caderas van y vienen;
en sus brazos suben y bajan;
en la cárcel de su blusa
sus pechos se despedazan.
¡Dos pichones que quisieran
picotear entre la masa!

Y yo me hallaba en la puerta
de aquella fresca cabaña,
pidiendo algo de beber;
afuera, liado a una estaca,
mi caballo sacudía
sus cabezales de plata.

Dejó el trabajo la joven;
se dirigió a la tinaja,
llenó una taza y, a riesgo
de que sorbiera su cara,
me la dio luego a beber
como la Samaritana.

Mas no quedé satisfecho
y la atraje hacia mis ansias,
no cedía ciertamente,
mas tampoco se negaba,
no ignorando que mi sed
no se apagaba con agua.

Volvió la luz de repente,
tornó a encenderse mi lámpara;
huyó la luz de la calle
y con ella la cabaña
y con luz y choza huyeron
los familiares fantasmas.

Y aunque después apagué
y la luz por las persianas
en un cuarto de carrizos
me convirtió la recámara;
no regresaron con ella
las visiones ahuyentadas.

Tal vez se ruborizaron,
por la escena que faltaba
y este romance escribí
con el alma constrictada,
en recuerdo de mi tierra
y en recuerdo de Ponciana.

ROMANCE DEL CASAMIENTO

I

CERRÓ LA NOCHE, LA GENTE,
después de tomar el trago,
se desparramó en la sombra
hacia la luz de los cuartos;
sólo Teófilo quedó
en el portal del Santuario.

Cuando lo vio el mayordomo
como una mancha de blanco,
le preguntó qué quería:
—Quisiera hablar con el amo.
—Pasa pues, que no se acueste
porque estaba muy cansado.

Dejó chontal y machete
en un pilar reclinados
y entró en la sala diciendo:
—Buenas noches dé Dios, mi amo.
Manuel Gurría contesta:
—A ti te las dé, muchacho.

Como Teófilo no hablaba,
el amo quiso ayudarlo.
—¿Vienes a pedir terreno
para la milpa del año?
—No, señor, el que me dio,
lo estoy apenas sembrando.

—Se te está metiendo el tiempo,
necesitas apurarlo.

—Mañana mismo termino;
siete jícaras le entraron.
Yo venía pa'otra cosa,
su mercé disimulando.

—¿A ver qué quieres entonces?
¿Quieres dinero prestado?
—No mi amo, quiero a la Aurelia,
que en la casa está posando.
—¿Con qué te quieres casar?
¿Ya lo tienes bien pensado?

—Sí señor, ya lo pensé
y enjuermo estoy de pensarlo.
—¿Ya le hablaste a la muchacha?
—Eso es cosa de vos, amo.
Manuel Gurría se ríe
al sentirse tan honrado.

—Mañana vas a saber
la razón del contestado;
yo le hablaré a la señora
para que dé tu recado;
y por ahora, buenas noches.
—Buenas noches dé Dios, mi amo.

Salió Teófilo al portal
con el ánimo aliviado;
se puso gacho el sombrero,
ciñó el machete al costado;
Aurelia en una rendija
lo estaba considerando.

II

El ama habló con Aurelia
que dio su consentimiento.
El ama lo dijo al amo,
él a Teófilo risueño
y Teófilo a sus amigos;
y todo el mundo contento.

Pero el amo le previno
aplicándole un proverbio:
—Ya que te vas a casar,
construye casa primero;
el casado quiere casa
y la vela, candelero.

Le dio tres hombres de ayuda,
los tres eran ingenieros.
Horcones de cocoite
enterraron medio metro;
y después del caballete
hicieron el esqueleto.

Con verdes hojas, más tarde,
le fabricaron el techo
y luego con caña brava
todo el trabajo del seto,
amarrado con bejuco
para que resista el viento.

El tapanco fue de jopí;
apisonaron el suelo;
cacaxtle lleno de tierra
arreglaron para el fuego
y para sueño y amor
levantaron un tapexco.

Aderezaron la mesa
con una tabla de cedro
y una piedra de moler
en uno de sus extremos,
y colgaron un tuyul
por encima del brasero.

Cercaron en derredor,
hicieron un gallinero
y, al acabarse el trabajo,
dijo Teófilo sonriendo:
—El casado tiene casa
y la vela, candelero.

III

Bien provistos de dinero,
de consejos y de cartas,
aparejados los novios
partieron una mañana
por la puerta del Zanjón,
sin parientes ni compañía.

Ella viste falda roja,
una camisa bordada;
luce verde gargantilla
y aretes de piedras falsas;
y una cinta de color
en su sombrero de palma.

Los ojos en el camino
por la cerviz inclinada,
un poquito por pudor
y otro poquito obligada
a contrapesar la red
que lleva sobre la espalda.

El lleva machete al cinto
pronto a salir de la vaina;
pedernal, yesca, eslabón,
para tabaco y fogatas;
el pantalón enrollado
y camiseta rayada.

Al pasar por un arroyo
que entre las piedras cantaba,
hizo con hoja de tó
una copa de esmeralda
y bebieron agua verde,
¡Así era el agua de clara!

Y a punto de la fajina
otro arroyo atravesaban;
se sentaron en la orilla
y en las jícaras labradas,
Aurelia batió el pozol;
blanca y negra era la masa.

Sacaron el bastimento
abriendo los dos puzcaguas;
frijoles negros refritos,
arroz y carne salada,
chile amash de dos colores,
tortillas tibias y blandas.

Acabado su yantar
la siesta los invitaba;
una majagua su sombra
tendía sobre la grama;
se acostaron; el azul
se filtraba entre las ramas.

¿No han visto brincar el fuego,
como por arte de magia,
de una candela encendida
a una candela apagada?
Pues así pasó aquel día
debajo de la majagua.

Se besaron en la boca
sin decir una palabra.
Los ojos de ella en el cielo,
de cielo se le llenaban;
los ojos de él en la tierra,
de tierra se penetraban
y cielo y tierra forjaron
una nueva vida humana.

En llegando a Pichucalco,
al Registro los mandaran,
les preguntaron cien cosas,
hasta de gente finada,
y en cuanto al cura, esperaron
que el hijo les bautizara.

Regresaron al Santuario,
visitando la majagua;
y dirigieron sus pasos
hacia su nueva morada;
él primero, ella detrás,
con respeto de casada.

ROMANCE DE FERMÍN MAZARIEGO

I

PARA QUITARSE EL SABOR
de aceite de bacalao,
dos medidas de aguardiente
se recetó Don Macario;
lo que ganaba el pulmón,
iba el hígado pagando.

Ruido de puerta de golpe,
le hace mirar al cercado,
Fermín Mazariego avanza,
jinete sobre melado.
Una sonrisa de afecto
arruga más al anciano.

Veinte años hace nomás,
que le tocó apadrinarlo;
y se sonríe, también
porque vive solitario
y gusta de las visitas
para repetir los tragos.

Cuando Fermín desmontó
llegó a besarle la mano;
y viéndole cara torva
marcada con ceño malo,
el viejo, lo considera
con sus ojillos de gato.

Como el silencio ritual
durase ya demasiado,
Don Macario interrogó
la reserva del muchacho:
—¿Regresó ya mi compadre,
de su viaje a Pichucalco?

Tiembla Fermín y retarda,
adrede, su contestado:
—No, padrino, dijo al fin,
su ausencia va para largo.
Don Macario se aventó,
en el mientras, otro fajo.

—Venís cuando voy a dar
una vuelta a los trabajos:
si querés acompañarme,
me voy a ensillar el cuaco.
—No se moleste, padrino,
yo estoy para su mandado.

Ya montados atraviesan
el potrero verde-claro
salpicado de colores
por las manchas del ganado.
Y en el mango de la loma,
al mismo tiempo, frenaron.

— Ahora decí qué te pasa,
ya lo podés ir soltando.
El muchacho se acercó
y tras de pensar un rato,
sin ver al padrino, habló
ojos y voz empañados.

Parecía que Fermín
se estuviera confesando.
Cuando acabó de contar
el viejo estaba temblando
y apéandose de su bestia,
le dijo en tono muy bajo:

— Apéate pronto, Fermín,
apéate pronto, malvado,
y te me hincas de rodillas,
que ya te hubiera matado
si por la desgracia mía,
no te hubiera bautizado.

El joven obedeció
y una vez arrodillado,
sacó el viejo su machete
y empezó a darle de plano.
Un sordo golpe seguía
al brillo del cintarazo.

Sangrante, la camiseta,
iba perdiendo su blanco,
quizá Don Macario dio
de filo, para marcarlo,
u olvidando de Fermin,
tiró sobre su pecado.

Cuando dejó de pegar
por la fatiga del brazo,
arrendó para la casa
seguido por el penado;
allí le entregó cien pesos,
después de haberlos contado.

—Guarda bien ese dinero,
que mucho cuesta ganarlo;
y te me vas de estos rumbos,
que oyendo de ti, te mato.
—Adiós por siempre, padrino.
—Dios te perdone, mi ahijado.

El camino era un orchán
que lo iba devorando;
al tufo de alma difunta,
seguía un chombo su rastro,
un carbón que se prendió
acercándose al ocaso.

II

Jamás el viejo contó
la confesión del mancebo
y a la tumba se llevó,
en el honor, el secreto;
pero nada queda oculto
entre la tierra y el cielo.

El árbol que fue testigo
de tan extraño suceso,
al revés de Don Macario,
pecaba por indiscreto
y así la historia del mozo,
del mango, pasó al cafeto.

Del cafeto pasó al hosh
y del hosh a un limonero,
del limonero al guapaque,
del guapaque al cocotero,
del cocotero al tatuán
y del tatuán al almendro.

Del almendro al tamarindo
y del tamarindo al ceibo,
del ceibo al zapote de agua,
del zapote de agua al trueno,
del trueno al palo mulato,
del palo mulato al cedro.

Del cedro al noble caoba,
que como noble, discreto,
guardó la historia escondida
en su corazón bermejo.
De allí la robara el pico
del pájaro carpintero.

Este lo dijo a los loros
y los loros al vaquero,
el vaquero a la perdiz,
la perdiz al arrocero,
el arrocero a las peas,
las peas al barranqueño.

El barranqueño a los tordos,
los tordos al clarinero,
el clarinero al zenzontle,
el zenzontle a los jilgueros
y los jilgueros a mí
porque soy un romancero.

Yo como el noble caoba,
guardé la historia en mi pecho
y si la escuchan ustedes,
no me tachen de indiscreto;
me la robaron un día
los pájaros de mis versos.

III

Don Felipe Mazariego,
naciéndole el bozo apenas,
a Pichucalco llegó
arrastrando su leyenda,
a dos hombres dio la muerte
para vengar una ofensa.

Fincó esperanza en trabajo
y fincó trabajo en tierra,
en tierra fincó su rancho,
en su rancho fincó hacienda,
en su hacienda fincó la esposa
y en la esposa fincó su cepa.

Las hijas se hallan casadas
cuando esta historia comienza.
Y Fermín es para el padre
retoño y enredadera;
Fermín que mató la madre
el día que lo tuviera.

Por él trabajaba el viejo;
por él sudaba en la brega;
por él sembraba las milpas;
por él tumbaba la selva;
por él guardaba en el cofre
las onzas de las cosechas.

Lo bautizó Don Macario,
patriarca de la Ribera,
amigo de Don Felipe
con afecto que conserva,
el recuerdo compartido
de amores y de peleas.

Mas Don Felipe alcanzó
una vejez traicionera;
se apasiona de una moza,
olvidando en su quimera,
que grandes flamas anuncian
que ya se acaba la vela.

Y riñó con Don Macario
por que al saberlo dijera:
—El viejo nunca se case,
si no se casa con vieja;
doncella quiere doncel
y doncel quiere doncella.

Don Felipe, presumía
de guapura y fortaleza
y en una noche de marzo
celebró bodas y fiestas
y de este modo, su invierno,
gozó de dos primaveras.

A Fermín, el casamiento
fue mazazo en la cabeza,
y debió tascar el freno
porque a su padre respeta;
pero viendo a la madrastra,
la sangre se le subleva.

Y es en balde que la joven,
adivinando sus penas,
le busque la voluntad
con atenciones sinceras
y diga el viejo: — Fermín,
no quiere que yo lo quiera.

Pasa el tiempo y el hijastro
la mortifica y desprecia,
sin ver que la moza es dulce,
sin ver que la moza es buena.
Nunca madrastra sufrió
como la pobre sufriera.

Como el padre desconfía
de juventud y belleza,
no pierde el hijo ocasión
y sus celos alimenta;
y la joven sufre al hijo
y al padre, que la atormenta.

Y ella no puede explicarse
del marido las querellas;
porque la pobre no sabe,
que después de los sesenta,
los celos crecen al par
que disminuye la fuerza.

IV

Fermín sembró sus rencores
como plantas de cacao
y es natural que teniendo
el alma de campirano,
se dejara el corazón
en el terreno sembrado.

El árbol del odio da
el fruto con el gusano
y la víctima envenena
la vida del victimario,
y en las bregas del trabajo.

Y en las albas azucenas,
ve las flores de sus manos;
en las pitayas del monte,
mira el tinte de sus labios
y en pétalos de gardenias,
la blancura de sus brazos.

En los elotes nacientes,
ve sus cabellos dorados
y sus dientes diminutos
en el marfil de los granos;
su misterio de mujer,
en las aguas del pantano.

Escucha su voz alegre
en el trino de los pájaros
y sorprende su perfume
en el aroma del saúco,
y el arco de sus caderas
en las grupas del atajo.

Y la luz de su mirar
en el fulgor de los astros;
y en un sueño, su locura,
miró sus ojos extraños
como dos lunas azules
sobre dos cielos nevados.

En vano hincó sus espuelas
en los ijares sudados
del potro que hace volar
sobre los campos pintados,
la visión suelta sus trenzas
y vuelve el aire dorado.

Mirándolo taciturno
comentaba Don Macario:
—Se me afigura un revólver
con el gatillo calzado,
que al menor roce de un dedo
puede soltar el disparo.

V

Llegó del monte, la sombra,
con el fin de la jornada;
se prendieron los quinqués
en la mesa de la sala;
se retiraron los mozos
y se acostaron las criadas.

El jején desapareció
ante el mosco que zumbaba;
el ama se recogió
y sólo Fermín, divaga
acompañando el delirio
con el ritmo de su hamaca.

Un sofocante calor
en el silencio pesaba.
De pronto el húmedo frío
de violentísima ráfaga,
sacudió todas las puertas
y se perdió en la sabana.

Y con ímpetu creciente
se sucedieron las rachas,
las llamas de los quinqués
aleteaban asustadas,
aves de luz que querían
escaparse de sus jaulas.

Repente de claridad
que surge cuando se apaga,
evoca la voz de un trueno
que rebota en la distancia
como una enorme pelota,
que fuera hueca y metálica.

Serpientes de lumbre vuelan
epilépticas y cárdenas
y retuercen en el aire
el fulgor de sus escamas,
queriendo morder el cielo
entre clamores de rabia.

Una nube se ilumina,
fingiendo fronda de nácar
y hace bajar hasta el suelo
un tronco de viva plata
que clava raíces de oro
en una loma lejana.

Otra nube gigantesca,
como estupenda montaña,
revienta de tanta luz
contenida en sus entrañas
y abre en el cielo una cruz
con eje y brazos de llamas.

Dardos de fuego se cruzan
con fulgurantes espadas.
Manos que rascan la sombra
con sus uñas escarlatas,
y con fragor de cristal,
el cielo se despedaza.

Como siniestras antorchas
están ardiendo las palmas.
Ruge el viento pavoroso
y la lluvia se desata,
parece que se derrumba
de tanto que pesa el agua.

Y entre el cielo apocalíptico,
la noche aterrorizada,
entre la noche la lluvia,
entre la lluvia la casa,
entre la casa dos cuerpos
y entre los cuerpos dos almas.

Dos miserias que se buscan
con murmullo de plegaria,
empujadas por el miedo
que sus seres atenaza.
Y el odio y el sufrimiento
en las tinieblas se abrazan.

Se calmó la tempestad
y el terror que los juntara;
pero no se separaron,
sus cuerpos eran dos brasas
que fuego de amor maldito
al consumirlas, soldaba.

Cuando la aurora llegó,
como una niña bañada,
arrastrando sus cabellos
de oro nuevo en la mañana,
halló que estaban dormidos,
y que dormidos lloraban.

Les lloraba la sonrisa
en las bocas fatigadas,
les lloraba el pensamiento
bajo las frentes manchadas
y hasta la aurora lloró
de lástima que le daban.

Debieron morir así;
su culpa los despertara;
ella quedó silenciosa,
él su caballo montara
y fue a decir al padrino
que por favor lo matara.

VI

A Don Felipe llegó
un propio, con esta nueva:
nadie daba con Fermín
y su esposa estaba enferma;
y volvió de Pichucalco
más viejo de lo que fuera.

Por encontrar al muchacho
inquirió por donde quiera;
lo buscó por todas partes;
no pudo hallar una huella
y al poco tiempo murió
destrozado por la pena.

La joven viuda heredó
nombre limpio, rica hacienda;
pero espantaron galanes
su desdén y su tristeza.
Nadie la vio sonreír
sino al niño que tuviera.

Le dio el nombre de Felipe,
Fermín le correspondiera;
hijo de la tempestad,
en tempestades viviera;
pero ese es otro romance
que escribiré cuando pueda.

**ROMANCE DE
TIMOTEO DE LA CRUZ**

I

TIMOTEO DE LA CRUZ,
el caporal del Santuario,
iba subiendo la loma
dirigiéndose a su cuarto,
en un domingo de octubre,
entre las tres y las cuatro.

El sol brillaba en el cielo;
pero ya estaba cansado.
La sombra echada a los pies
de los árboles dorados,
arrastrándose, salía
a tenderse sobre el llano.

Timoteo de la Cruz
camina trastabillando,
sin chontal en la cabeza
y la ropa hecha pingajos.
Su mujer que lo divisa,
piensa que llega borracho.

Pero cruzando la puerta
se derrumbó ensangrentado
con los ojos al revés,
bombas de espuma en los labios.
¡Santa Virgen del Carmelo!
¡Virgen del Escapulario!

Acudieron las dos hijas
que se hallaban costurando
y al tapesco lo subieron
después de muchos trabajos.
—Andá, la Chepa, corré
pa'que venga luego el amo.

Al llegar Manuel Gurría,
inquieto por el recado,
halló al hombre retorciéndose
y con lías amarrado;
largos aullidos salían
de sus dientes apretados.

Lo vio con ciencia y piedad
y empezó luego a curarlo;
a poco tiempo, el enfermo
pareció más aliviado;
se le durmieron los ojos;
siguióle, el alma, penando.

Al entrar la noche estaba
materialmente quemando.
Le pusieron el termómetro
que marcó cuarenta grados
y comenzó a delirar
tan pronto se lo quitaron.

Fue después, cuando zurciendo
de sus dichos, los retazos,
fue formándose la tela
del inaudito relato,
que ustedes pueden leer
si les interesa el caso.

II

Timoteo descansaba
del trabajo de su milpa
acostado junto a un árbol,
acabada la fajina,
cuando sintió en los oídos
el zumbido de una avispa.

Con un cansino ademán
tiró a quitar la sordina;
pero advirtió que tocaba
una cosa viva y fría.
Saltó y al Dueño del Monte,
enfrente de sí tenía.

Pelo y barba una maraña
de raíces retorcidas,
dos troncos eran sus piernas,
sus brazos ramas tendidas,
ojos color de popal
de agua verde y amarilla.

La nariz un garabato,
y los dientes como espinas;
unas hojas de quequeste
las dos orejas caídas;
cubría su cuerpo un traje
de musgo y yedra tejida.

Su mirada era perversa,
relampagueante de ira.
Su voz furiosa tronó
entre la tarde tranquila:
—Te conozco, Timoteo,
caporal de los Gurrías.

—Derribar te vi la selva,
cien ocasiones seguidas;
tu hacha cortaba los árboles
sin advertir que gemían;
tu machete se cebaba
sobre las ramas caídas.

—Luego quemando sus restos,
sembrabas en la ceniza,
granos que sólo producen
yerbas verdes y mezquinas,
que en agosto despojabas
de sus mazorcas y espigas.

—Muy caro te han de costar
tus trabajos y tus risas;
cuando me vuelvas a ver
es que vengo por tu vida.
Ya sabes lo que te espera,
hombre de sangre maldita.

Y de pronto, Timoteo,
sintió una gran sacudida,
un viento se lo llevó
a una legua de su milpa
y en tierra estuvo tirado
con la conciencia perdida.

III

Timoteo mejoró
y dejar pudo la cama;
pero siguió padeciendo
la dolencia más extraña;
dos duendecillos hicieron
en sus orejas, su casa.

Lo insultaban todo el día
en todas formas y trazas,
en vano fueron sus ruegos,
en vano, sus amenazas.
Por fin se hicieron amigos
¡qué remedio les quedaba!

No quiso volver al monte,
no salía de su hamaca.
En vano el médico vino
y el cura que lo casara;
tampoco pudo curarlo
la bruja de la montaña.

Todo el día estaba hablando
con los duendes en compañía,
a veces en el silencio
sonaban las carcajadas;
—picardías que los bichos
decían de las muchachas.

Así vivió Timoteo
sin una pena en el alma
platicando con sus duendes,
sin ocuparse de nada
y fue cuando a Pancho Pérez
caporal se le nombrara.

IV

Pero un día despertó
sin duendes en las orejas,
reconocía las gentes
poniendo cara de fiesta
y pasado el medio día
se subió sobre una cuesta.

Y se fue poniendo pálido;
el cuerpo tiembla que tiembla;
empezó a dar alaridos
rompiendo su camiseta.
Las gentes se persignaban
en el quicio de sus puertas.

Se le fueron acercando
con precaución y sorpresa;
el amo mismo salió,
apenas supo la nueva;
y oyeron a Timoteo
que de este modo dijera.

—Miren al Dueño del Monte,
más allá de las riberas,
donde el serrucho del cielo
pudiera cortar la tierra,
si no trabara sus dientes
en los picos de la sierra.

—Lo siguen los acahuales
apretando su maleza,
los jahuactes y las cañas
con sus flores de bandera;
hojas de tó danzarinas
y tanais como candelas.

—Detrás, los chipilcoites,
los árboles de pimienta,
los guapaques y las jaguas,
los tatuanes y palmeras,
los popistes y caobas,
los cedros, jobos y ceibas.

—Los mulatos y guarumos,
los guásimos, las higueras,
las majaguas y pochotes,
los mangos y zapoteras
y los verdes cocoites
cubiertos de caballera.

—Vienen tirando bejucos
que se enlazan y se enredan,
formando una red tupida
por donde sólo penetra
la danta de pecho duro
o la malvada culebra.

—Y el Dueño del Monte avanza,
con él avanza la selva
y con él vienen delante
los pelotones de fieras
y truecan los zopilotes
la clara luz en tinieblas.

—Ya pasaron las llanadas;
por las lomas ahora trepan;
matan hules y cacao,
los maizales y las siembras,
rebasan el naranjal;
con los potreros comienzan.

—Han derribado los cuartos
que cayeron en hilera;
la Casa Grande rodearon,
abajo echaron la cerca
y el Dueño del Monte ríe
subido sobre las tejas.

—¿En dónde están los Gurrias
que no detienen la selva?
¡Se fueron donde el serrucho
del cielo cortó la tierra
cuando destrabó los dientes
de los picos de la sierra!

Y Timoteo vacila,
Timoteo bambolea,
y se desploma en el suelo
mientras el alma se aleja.
Su mirada de terror
con la muerte se serena.

Y lo llevan a su casa,
un decir, su cuerpo llevan.
Lo lloraban las mujeres
con afligida tristeza
y el amo, Manuel Gurria,
también lloraba con ellas.

V

Timoteo de la Cruz,
mi caporal del Santuario,
tu visión fue profecía
confirmada por los años.
La selva se apoderó
de cuanto fuera labrado.

Dos Gurrias perecieron
y los otros se marcharon.
El mismo Señor de Tila
se fue siguiendo sus pasos,
para que si se caían
se cayeran en sus brazos.

Precedidos de acahuales,
los guapaques avanzaron,
los cedros y los caobas,
las jaguas y los mulatos,
los popistes amarillos,
los pochotes y macayos.

Y se acabaron los hules,
los cafetos y cacao,
los arrozales de jade
y todo verde sembrado;
se perdieron los potreros
y se cayeron los cuartos.

El Dueño del Monte reina
en la hacienda del Santuario.

Pero quedan los recuerdos
y también quedan los guanos
donde tordos clarineros
sus clarines afinaron.
Sus palmas en abanico
están llamando a sus amos.

Y un Gurriá escuchará
algún día su llamado
y sintiendo renacer,
en él sus antepasados,
hará pedazos la selva
con la fe de su entusiasmo.

Verdecer hará potreros,
prisioneros de naranjos;
alzara la Casa Grande
al arrimo fiel del guano,
llevando el Cristo de Tila
al altar de sus milagros.

Florecerán los cafetos,
florecerán los cacao,
los altos hules lecheros
vestidos de verde y blanco,
y el maíz de las riberas
y el arroz de los barrancos.

Y verá gracias a Dios,
en premio de sus trabajos,
cómo pudieron lograr
las ampollas de sus manos,
echar al Dueño del Monte
de la hacienda del Santuario.

ROMANCE DE DON ENCARNA

ALLÁ VIENE DON ENCARNA
en su caballo rosillo;
su canción viene delante
como abriéndole camino.

Ni él presume de jinete
ni su caballo de fino
y se quieren y comprenden
como dos buenos amigos.

Los arroyos le dan agua,
las brisas sus abanicos,
los pájaros sus canciones
y sus charlas los pericos.

Y así duerma en descampado
o al amparo de un caidizo,
le sucede siempre estar
donde encontrarse se quiso.

En los "pasos" ve bañarse
las muchachas del bohío.
Las manchan menos sus ojos
que la pureza del río.

Sastre de oficio, en los ranchos,
costura en crudo y en fino:
ora en driles, ora en manta,
ora en lana y ora en lino.

Su vieja *Singer* evoca
su monótono ruido,
la visión de un segundero
que marca el tiempo con hilo.

En las noches se ponía
a cantar sobre el recinto
y la luna se le entraba
por la boca del requinto.

Y un buen día, sin pensarlo,
se marchaba de improviso,
conduciéndolo el azar
al lugar donde él se quiso.

Y todo aquel que tropieza
su canción en el camino,
ve venir a Don Encarna
en su caballo rosillo.

ROMANCE DE LAS PRISIONERAS

CADA VEZ QUE DON ENCARNA
daba vuelo a la vihuela,
en su viejo taburete,
al claror de luna llena,

Los muchachos lo cercaban
y era su trova ranchera
como un claro surtidor
en el centro de la rueda.

Don Encarna componía
suspirantes "abajeñas"
en que rondaba el amor
con un zumbido de abeja.

Pero una noche, su canto
encarceló cuatro estrellas,
y en cada estrella el rubí
de una lágrima bermeja.

Su tonada con los años
se fue perdiendo en la niebla;
pero por desgracia traigo,
en el corazón, la letra:

— "En la frontera del Norte
lloran cuatro prisioneras;
las tienen en cautiverio
las barras de una bandera.

Pintó de blanco su cárcel
la viva luz que destellan
y sus lágrimas de sangre
empurpuraron las rejas.

Para qué decir sus nombres,
si sabor de llanto dejan;
¡California y Arizona
y Nuevo México y Texas!

Les han quitado su Dios;
su idioma: fierro y candencia;
las cruces de los caminos
en que pasó su violencia.

El fervor de sus martirios;
la lección de sus iglesias:
los tesoros para Dios;
para el hombre, las pobreza.

Sus canciones mexicanas
melancólicas y tiernas,
en que el alma siempre es triste
porque quiere y porque piensa.

Sus guitarras pecadoras;
sus guitarras embusteras,
que embrujaban los luceros
en el cielo y en las rejas.

Les hurtaron el destino,
al privarlas de ser nuestras;
porque no hablará el espíritu
ni en su raza ni en su lengua.

Robaron miel a sus frutas;
a sus rosales esencias;
a sus héroes los corridos;
a los santos sus leyendas.

Tienen preso a San Francisco
y comparten su condena,
Los Angeles, Corpus Christi
y San Antonio de Béjar.

Estrellas desventuradas
que esperando desesperan,
sin querer perder la fe
de que vayamos por ellas.

A sabiendas que sus amos,
para ganar nuestra inercia,
con nuestros propios gobiernos,
sin peligros, nos gobiernan.

¿En dónde están los varones,
si los hay en esta tierra,
que no han trocado sus vidas,
por las cuatro prisioneras?

¿Dónde el valor temerario
que les dejaron de herencia,
las dos razas que se unieron
en crisoles de tragedia?

¿En dónde la intrepidez
de la sangre aventurera,
que realizó el imposible
volando en tres carabelas

¿Quién descompuso la brújula,
que al imán de la epopeya,
el acero de su aguja
no se vuelve a esas estrellas?

¡En otros tiempos, el Aguila,
símbolo de nuestra enseña,
despedazara las barras
lo mismo que las culebras.

Para que en pos de revancha,
borráramos la frontera,
con los cascos victoriosos
de nuestros potros de guerra.

Y trajéramos a casa
las estrellas irredentas,
con Florida y la Louisiana,
como interés de la cuenta.

Para prenderlas al manto
de nuestra Virgen Morena,
en el manto de la Virgen
hacen falta seis estrellas!

Cuando calló Don Encarna
los muchachos de la hacienda,
se alejaron sin decirle
ni buenas noches siquiera.

¡Ay, Don Encarna Solís!
rompe mejor tu vihuela
para que nunca acompañe
una canción como aquella.

Hasta el pomo nos clavaste
el puñal de la vergüenza.
Nadie durmió en esa noche
de reproche y de impotencia.

Y al otro día faltó
un muchacho a la faena;
un soñador que partió
por las cuatro prisioneras.

En Columbus lo mataron,
cuando su potro de guerra
saltó las barras de sangre
de la enemiga bandera.

ROMANCE DE SIMÓN PÉREZ

LISTONES DE JOLOCÍN,
retorciéndose se trenzan,
al resbalar de la mano
en el liso de la pierna.
El cordel se va formando
en suave blanco de seda.

Simón Pérez se sonríe
y suspende la tarea.
La mamá que lo sorprende
en sus adentros observa:
“El que solito se ríe
de sus maldades se acuerda”.

En efecto, Pancho Pérez,
está pensando en la Aurelia.
El tropezón que se dio
en la escurana con ella.
Lo confundió con Remigio
sin notar la diferencia.

A quien Cristo se la da,
es tonto si no aprovecha:
San Pedro se la bendice,
San Pablo se la conserva
y San Antonio interviene
para que nadie lo sepa.

Y sin dejar la sonrisa,
Simón vuelve a su tarea.
Listones de jolocín,
retorciéndose se trenzan,
al resbalar de la mano
en el liso de la pierna.

ROMANCE DE LOS CONSEJOS

I

HAN DE SABER SUS MERCEDES,
que el río del Platanar,
a la altura de Sunuapa
no se puede navegar.

Si un cayuco en su corriente
se quisiera aventurar,
lo quebrara como quiebra
en sus piedras su cristal.

En cincuenta varas de ancho
o tal vez un poco más,
en dos, se parte la selva
para dejarlo pasar.

A media legua se escucha
el fragor de su raudal
y a las olas de la siera,
presta rumores de mar.

Tiene remansos azules
y de tal diafanidad,
que las chinas de su fondo
se pueden ver y contar.

Al chocar contra las piedras,
pulveriza su caudal
y el sol enciende en el polvo
largas plumas de quetzal.

Y con lo dicho me basta
para que puedan soñar,
con un río de mi tierra
que se llama el Platanar.

II

El rancho de Don Macario.
Casas de seto y de lodo,
con caidizos reclinados
sobre una fila de troncos.

Los techos entreverados:
teja y palma de corozo.
Las puertas y las ventanas
labradas en cedro rojo.

La cerca de verdes chayas,
un tamarindo frondoso,
seis rosales de Castilla
y varias matas de coco.

Finca en dos caballerías
no cultivadas del todo.
Hule, cacao, café
y arrozales verde y oro.

A veces, manchan su cielo
cruces negras de los chombos
y las verdes y amarillas
de pericos y de loros.

Allí reina Don Macario,
un bucólico filósofo,
que trabaja sin angustias,
mas también sin abandono.

Lo ayudan en sus tareas,
hijos, nueras y retoños.
Las mujeres, en la casa;
en el campo, los esposos.

Y el río del Platanar,
canta, variando de tono,
según las aguas que lleva
por su cauce pedregoso.

III

Su nieto, Esteban González,
a quien el viejo prefiere,
anda triste y cabizbajo
hace lo menos tres meses.

Desde que fue a Pichucalco
a compra de menesteres
y le ofrecieron trabajo
y el dinero que quisiese.

Ajumóse en las cantinas;
conoció varias mujeres
y vio el mundo de otro modo
oyendo hablar a la gente.

El muchacho está bien dado;
en julio cumple los veinte;
sabe tocar la jarana
y es cumplido y es valiente.

—Yo no nací para rancho,
repite constantemente.
Don Macario no replica.
Se hace el sordo como siempre.

Una vez el mozo vino
y sin mirarle de frente,
dijo al viejo: —Tata-grande,
quiero que usted me dispense.

Me voy a correr la tierra,
si su venia me concede;
a Pichucalco, a San Juan
y a México, si se ofrece.

Don Macario dijo: —Ve
ya que sigues en tus trece.
Aquí nadie está de más,
pero a nadie se retiene.

Si sufres por donde vayas,
si a la ciudad no te avienes,
si echas de menos el rancho,
por volver, no te avegüences.

Como tú, corrí fortuna
y nomás porque lo pienses,
voy a decirte unas cosas.
Y le dijo lo siguiente:

IV

—¿Qué puedes ir a buscar
que no encuentres a mi amparo?
Tienes comida, vestido,
reloj, pistola y caballo.

Das amor y lo recibes
y bajo mi techo honrado,
hayas calor en invierno
y frecura en el verano.

Una mujer que te quiera
puedes tenerla en el acto,
y si novia tienes ya,
iré a pedirle su agrado.

Mas si ambicionas dinero,
sólo tengo el necesario
para mercarme las cosas
que no produce este rancho.

Pero te advieto, mocito,
que la moneda es del Diablo
y que el que busca dinero
nunca deja de buscarlo.

Es talmente el agua dulce,
que hace pensar al incauto,
que está apagando la sed,
cuando la está provocando.

Los ojos te vendará
con su pañuelo dorado,
porque pienses que te da
lo que la vida te ha dado.

El amor de una mujer
sólo es bueno de regalo;
de otro modo, sólo vale
lo que tú le diste en pago.

No se compra la salud,
ni el cielo limpio o nublado,
ni la tibieza del sol,
ni la canción de los pájaros.

Ni el afecto del amigo,
ni la condición del bravo,
ni la bondad, ni el honor,
ni el ensueño, ni el descanso.

Ni los padres que tuvimos
ni los retoños que criamos,
ni la nobleza del alma,
ni la potencia del gallo.

Si admiras al poderoso
y consigues igualarlo,
verás que sólo de lejos
se te figura más alto.

Los caobas en la cumbre
no superan en tamaño
a los caobas que viven
en la llaneza del llano.

Tal sucede con los hombres,
el que parece muy alto,
es igual o es inferior
al que vive más abajo.

La loma y la posición
en el hombre y en el árbol,
son las causas de que piensen
ser pequeños o ser altos.

No codicies. El disfrute
para el hombre es limitado.
No se reposa en dos camas
ni se monta en dos caballos.

Busca lección en tu cuerpo;
cuando tiene de sobrado,
si no lo arroja de sí,
enseguida le hace daño.

No porque muchas riquezas
hubieres amontonado,
tomarás más aguardiente
o comerás más tasajo.

No trabajes sin razón;
mas si estás necesitado,
trabaja siempre la tierra,
madre de todo lo creado.

Requerirá mucho esfuerzo,
pero menos que el poblado;
porque la tierra te ayuda
y allá no eres ayudado.

Toma el árbol como ejemplo,
no tendrás que lamentarlo,
él no vive de sus frutos,
los frutos viven del árbol.

Le da la tierra sus jugos,
con ello, ramas y tallo.
El sólo tiene que hundir
sus raíces en el barro.

Y el hombre no vivirá
del producto de sus manos.
Del trabajo y tierra, sí;
mas no sólo de trabajos.

En fruto de labrador
dos esfuerzos se juntaron:
el suyo y el de la tierra,
pero éste fue regalado.

La noble tierra alimenta
al que le da sus cuidados
y a los que con o sin culpa,
desde siempre la ignoraron.

Al que labora la mina,
al que fabrica los paños,
al que cepilla las tablas,
al forjador de los clavos.

Al que talla los diamantes
y a los que pintan los cuadros.
A los que escriben los libros
y a los que trovan los cantos.

A los débiles del mundo:
enfermos, niños y ancianos,
ricos, mendigos, ladrones,
siervos, reyes y soldados.

Si sabios quieres tratar,
recuerda siempre este adagio:
"De la tierra, el sabio aprende
y no la tierra, del sabio".

No pienses que te darán
felicidad, los extraños;
ni el generoso dolor,
fuente de todo milagro.

El placer y el sufrimiento
flores son de tu cercado.
En ti viven y eres tú
al par su dueño y su esclavo.

Te seguirán donde vayas
como los perros al amo;
el uno te morderá,
lamerá el otro tu mano.

Y los querrás a los dos
porque al fin eres humano;
al uno por ser tan bueno;
al otro por ser tan malo.

Si quieres luchar, recuerda
que herir puedes a un hermano
y el pan que logres quitarle,
te sabrá duro y amargo.

Lucha mejor en la tierra
con elementos airados:
la sequía y la creciente
y las plagas y los rayos.

Ganarás gloria en vencer
y gloria al ser derrotado,
pues luchaste con gigantes
y no con pobres enanos.

Si admiras en las ciudades
los lujos y los palacios;
medita que dan el hambre
pero que no dan el grano.

Malo es un rancho sin casa;
pero peor casa sin rancho;
que no haya campo sin casa
y no haya casa sin campo.

El campo guarda la vida
y se torna pan y canto;
el campo guarda la muerte
y se torna camposanto.

V

Tienen ojos y no ven
y oídos sin escuchar.
Esteban corriendo el mundo,
fue de ciudad en ciudad.

Buscó trabajo y lo halló
vendiendo su libertad;
perdió contento y salud
y se puso a suspirar.

Un día de agotamiento,
oyó lejano cantar:
el del río que quebraba
en sus piedras su cristal.

Vio la selva que se abría
para dejarlo pasar;
y en el polvo de su espuma,
largas plumas de quetzal.

Imaginó sus remansos
bajo el insomnio lunar
y las frondas de la sierra
con sus rumores de mar.

Y se volvió para el rancho
y se puso a trabajar;
y la tierra le dio frutos
y agua pura el manantial.

La noche bellos luceros,
el día su claridad;
y una moza primorosa
le dio el rosa de la rosa
que naciera en su rosal.

Esto pasó junto al río
que se llama Platanar.

ROMANCE DE FERMÍN GORBEA

EL BAJIAL DE SAN VICENTE,
con ocho leguas de largo,
está secando sin tregua
la solanera de marzo.

Mas debajo de la capa
de lodo resquebrajado,
agua caliente hace chicle
la consistencia del barro.

Al calor del medio día,
en el bajial solitario,
penosamente caminan
cuatro mulas paso a paso.

Cada bestia va cargada
con dos tercios de cacao.
Meten y sacan los remos
en las zanjas de los trancos.

Agitan colas y orejas
para espantar a los tábanos;
viva ronda de esmeraldas
con la ponzoña en los dardos.

Sólo se oye en el silencio
que gravita sobre el fango,
el "toc" seco del vacío
que al salir hacen los cascos.

Fermín Gorbea camina
de arriero tras el atajo;
la roja cara sudada
y en azul el rasurado.

A buscar fortuna vino
desde los países vascos,
y ahora se gana la vida
como comprador de granos.

Compra restos de cosechas
en las haciendas y ranchos
marcando kilos aquí
y el completo en otro lado.

Se gana las voluntades
con mandas y con encargos,
y vistosas baratijas
que deja como regalo.

No le arrendran los calores,
ni los nortes, ni chubascos.
Las más de las noches duerme
bajo el cielo, a campo raso.

Y mientras va en el bajial,
camino de Pichucalco,
preocupado porque el precio
haya subido o bajado.

Sueña en los robles añosos
de su pueblito lejano
en donde al fin gozará
lo que ganó su trabajo.

Muere el bajial. En el nombre
de Juárez, hace un poblado
un milagro de equilibrio
sobre cerros colorados.

Fermin ve entre caidizos
a las luces del ocaso.
Mozos que cantan y rondan,
porque son enamorados.

Y él prosigue su camino,
que no sabe de descansos.
Muy largo descansará
en su pueblito lejano.

Una noche que posara
en casa de Don Macario,
el viejo lo reprendió
entre un trago y otro trago.

—Don Fermín, deje el dinero
y no lo pague tan caro.
Olvídese de su tierra
o devuélvase en el acto.

—Recuerde que no hay dos vidas
y la que Ud. ha soñado
o la vive Ud. aquí
o la vive en otro lado.

Pero Fermin no escuchó,
olvidado del adagio:
“Más sabe el Diablo por viejo
que lo que sabe por Diablo”.

Otra cosa hubiera sido
si pensara bien el caso
y vivió su única vida
sin amor y sin halago.

Y allá va con sus fatigas
camino de Pichucalco
considerando si el precio
habrá subido o bajado.

ROMANCE DE LA MALDICIÓN

I

POR CUATRO VECES, EL SOL,
tiró su bola dorada,
de una ribera del río
a la ribera contraria.

Río arriba, la canoa,
en la séptima jornada,
llegó cansada de andar
a la boca del Camoapa.

Y por ella penetró,
aunque de muy mala gana;
tuvieron que usar, los bogas,
toda su fuerza y su maña.

Quedóse atrás la corriente
del soberbio Mexcalapa
con sus amplios horizontes
hechos de azul y de nácar.

Sus pintadas mariposas
que como flores aladas
lleva la cálida brisa
hasta la miel de las playas.

Y los caimanes que duermen
en las arenas doradas,
confundidos con los troncos
de la selva derribada.

Los bogas van y regresan
sobre las húmedas planchas
para que la barca suba
en la corriente que baja.

Van cazando con la horqueta
que remata las palancas
la descarnada raíz
que está bebiendo en el agua.

Y el Camoapa se hace malo;
en los bajos se derrama
a la sombra de los árboles
que lo cubren con sus ramas.

Sombra que todo empavona;
sombra de selva cerrada,
donde la luz que se filtra,
no ilumina sino mancha.

Remolinos de aguas negras,
remolinos de aguas mansas;
que por algún maleficio,
del río, pasan al alma.

Silenciosa soledad
de tanta vida callada
que si una voz interrumpe,
se precipita y agrava.

En la noche prematura,
los bogas, como fantasmas,
parecen lampos de luna
o fuegos fatuos que danzan.

Un sendero en la ribera
y un cayuco que se alarga.
Arrimamos la canoa
para busca de una casa.

Y subimos al barranco
con la noche a las espaldas;
entre jimbales tupidos,
y a poco andar, nos alcanza.

Encontramos una choza,
choza de guano y de cañas
que sólo alumbra el fogón
al resplandor de sus brasas.

Dos mujeres en la puerta
su doble bulto destacan.
En los brazos, sendos niños
que sus negros pechos maman.

— Buenas noches. Buenas noches.
— ¿No nos quieren dar posada?
— Nuestros hombres no regresan;
pero pasen, si es su gracia.

Penetramos en el cuarto.
Mi madre enhebra la charla,
mientras risueña se sienta
en el arco de la hamaca.

Estoy viendo las mujeres
con las manos atareadas
en matarse los mosquitos
sobre la paz de sus caras.

Nuestros víveres suplieron
su cena mísera y magra;
de nuestras velas de esperma
les regalamos dos cajas.

Estando malos los niños,
mi madre se los curaba:
les dio friegas de refino
y los cubrió con sus sábanas.

Ellas también padecían
y les donó sus frazadas;
para quitarles los fríos
les dio píldoras amargas.

Y nos fuimos a dormir
a la próxima cabaña;
dejándolas en su choza
por las velas alumbrada.

II

Acaso fueran las dos
de esa noche sin luceros,
cuando gritos indecibles
nos arrancaron del sueño.

Lívida luz se colaba
entre las cañas del seto.
La casa de las mujeres
era presa del incendio.

El humo se confundía
con nubarrones del cielo,
forjando un toldo cobrizo
de metálicos reflejos.

Entre chasquidos de cañas,
entre crugidos del techo,
las rojas llamas flameaban
como banderas, al viento.

Chispas cárdenas volaban
como enjambres del alero,
estrellando las tinieblas
con el oro de su fuego.

Y la casa se moría
con estertor de tormento.
Vaho de sangre fulgía
alrededor del siniestro.

Las mujeres se robaron
el refino del remedio.
El alcohol hizo su oficio
y las candelas el resto.

Ahora rondaban la hoguera
en un delirio de espectros,
lanzando entorno gemidos,
alaridos y lamentos.

—¡Los niños! grita mi madre.
—¿En dónde están? ¿Qué se hicieron?
Manuel, mi hermano, se arroja
hasta el centro del brasero.

Todos callan; pero a poco
se le ve salir con ellos;
el cabello chamuscado
y la camiseta ardiendo.

Le tiramos las cobijas
que lo apagan con su peso.
¡Dos llagas eran los niños
y los dos estaban muertos!

Y fue entonces. Yo lo oí.
Las dos furias de ese averno
maldijeron a mi madre
que lloraba en el silencio.

¡Maldecirte a ti; la Santa,
que santificaba el tiempo.
Caridad hecha mujer,
Esperanza, Fe y Ensueño!

¡A ti, que con la mirada
repartías los consuelos;
que no en vano se vertían
de tus ojos, como cielos!

¡A ti, que siempre penabas
con extraños sufrimientos.
A ti que siempre gozabas
con los placeres ajenos!

¡A ti, que el don les pagaste,
dando pan, curando enfermos
y a Dios por ellos pediste
en la gracia de tus rezos!

Mis diez años te abrazaron,
estremecidos de miedo.
Los dieciocho de Manuel
se sublevaron coléricos.

Y alzó la mano a pegar
contra los labios blasfemos.
Pero tú se la cogiste
y la llevaste a tu pecho.

— ¡Manuel! ¡Comprende, comprende,
que habló sólo el sufrimento!
¡Al dolor, aunque maldiga,
hay que rendirle respeto!

Y menester fue partir
por el oscuro sendero;
dejando atrás la tragedia,
pero llevándola por dentro.

Y otra vez a la canoa.
¿Los maridos, habrán vuelto?
Sombra que viaja en la sombra.
Negro que viaja en lo negro.

Temor al escopetazo
a nuestro bongo indefenso.
¡Y encima, la maldición,
sembrando presentimientos!

Caminar de pesadilla:
volar quisiera el anhelo
y no responde a las ansias
sino paso torpe y lento.

¡Nunca fue la madrugada
más perezosa en su lecho!
Por fin un rayo de sol
acabó con tanto duelo.

Y era claro y bello el río
entre dos verdes potreros
y las mozas acudían
a mirarse en sus espejos.

Y seis veces más el sol
tiró su bola dorada,
de una ribera del río
a la ribera contraria.

Y la canoa llegó
a la hacienda que fincara
Don Isidoro Gurría
a la vega del Camoapa.

Nos recibió la alegría;
pero mi madre adorada
sólo tuvo para darle
una sonrisa forzada.

Una congoja sin nombre
fue para siempre su carga.
Quitó la culpa al destino
y se la echó sobre el alma.

Y en el funesto septiembre
que sucedió a su llegada,
la llevaron a la loma,
en el cedro de su caja.

Se cumplió la maldición,
que en una selva lejana
le arrojara el sufrimiento
en un infierno de llamas.

ROMANCE DE UNA CANCIÓN

CANTA VENTURA BAJO EL MULATO
todas las noches una canción
que habla de celos, de amor ingrato,
de yo te quiero, de yo me mato,
y su jarana, con arrebató,
riega el azúcar del triste son.

Ventura ignora, bajo el mulato,
hasta el sentido de su canción;
no sufre celos, ni amor ingrato;
no yo te quiero, ni yo te mato;
pero le gana dulce arrebató
con el azúcar del triste son.

Las mozas pasan junto al mulato
y oyen las frases de la canción;
tampoco saben de amor ingrato
de yo te quiero, de yo me mato;
pero las gana dulce arrebató
con el azúcar del dulce son.

Todas las noches desde el mulato
oigo a Ventura con su canción;
yo sé de celos, de amor ingrato,
de yo te quiero, de yo me mato,
y ante el recuerdo, loco arrebató
surge el acíbar del triste son.

ROMANCE DEL TESTAMENTO

I

MUCHO VARÓN ERA EL VIEJO,
para caer del caballo.
Fue la bestia que al subir
el empinado barranco,
cayó de espaldas con él,
echando al aire los cascós.

La manzana de la silla,
con una piedra del vado,
rompiéronle el esternón
y parte del espinazo.
Así fue como empezó
a morirse don Nazario.

Le dieron friegas al pecho
con árnica y con tabaco.
Cuando lo vido el doctor
que enviaron de Pichucalco,
nomás movió la cabeza,
para un lado y otro lado.

Con un propio le mandaron
a decir a su muchacho,
que era estudiante en San Juan
la capital de Tabasco.
Tan luego como llegó
las lágrimas le rodaron.

Cuatro días con sus noches
estuvo el viejo privado;
en el quinto abrió los ojos
y los paseó por el cuarto
y mirando tanta gente,
se dio cuenta de su estado.

— Ya me tocó, doctorcito;
para qué lo molestaron.
— No se preocupe don Naza,
que no es cosa de cuidado.
— La cosa estaba de Dios,
y sé que estoy acabando.

Sin ocultar su tristeza,
miró al muchacho a su lado;
sentado estaba en el catre
y cogiéndole la mano.
Con un gesto le pidió
el vino seco y dorado.

Miró el joven al doctor,
que autorizó lo mandado.
Bebió el viejo de un jalón
cuando menos medio vaso
y entrecerró las pupilas
para saborear el trago.

Al abrirlas nuevamente,
buscó la faz del muchacho,
y dictó su testamento
con acento firme y claro.
Yo le serví de testigo
y hoy le sirvo de escribano.

II

—Dueño legal de esta finca,
si no es hoy, para mañana,
en tus manos será mucho;
será poco; será nada.

Es riqueza en la medida
en que el amo la trabaja;
con un año de abandono,
se la come la montaña.

Instrumento de labor,
sin trabajo, sólo es carga;
como un machete, sin hombre
que lo saque de su vaina.

Y con ello te esclaviza;
aunque se vuelve tu esclava;
pero esclavos uno de otro,
al par serán amo y ama.

Y de este modo, te harás
la cuenta de que la casas;
pero no sólo contigo,
sino con toda tu raza.

Ella y tú sólo difieren,
en que ella queda y tú pasas.
Cuando se acabe tu amor;
el de tu hijo, lo reemplaza.

Te dará para vivir;
no para juegos y danzas.
Pagándote tu trabajo,
se apropiará la ganancia.

Pero tú serás dichoso,
contemplando lo que gana,
entre más hermosa sea,
más presumes con tu dama.

Nunca el oro te dará
sus árboles ni su casa.
Obra de años son, y el tiempo,
ni se compra ni se tasa.

Así pensaron mis gentes
y asimismo, pensó mi alma.
Quien trabaja por amor,
no se preocupa de paga.

Y sembraron naranjales,
verdes como la esperanza,
sin pensar por el momento
en comerse las naranjas.

Los jobos en el llanito,
los castaños en las playas,
y nances y pomarosas
y limoneros y jaguas.

Y aguapaques en la loma
y cocos en la sabana,
y zapotes y aguacates
y chinines y guayabas.

Jujos, almendros y uspiés,
mangos, mameyes y guayas,
tamarindos y caimitos,
marañones y tuxpanas.

Guásimos y capulines,
achiotes, cidras y palmas,
ciruelos y jinicuiles
y pimientas y guanábanas.

Y lo mismo que los árboles,
se fue formando la casa:
cuarto por cuarto la hicieron
generaciones pasadas.

Fue primero una casita
de hoja de tó y de majagua;
fue después de material
y de tejas coloradas.

En sus principios tenía
corredor, cocina y sala
y más tarde, la añadieron,
una a una, las recámaras.

Luego trojes y bodegas,
patios, chiqueros y cuadras;
corredores con portales
y potreros de alambrada.

Y medrearon los plantíos
con hulares y alcaparras,
alineados con paciencia,
a punta de hilo y de escuadra.

Y se abrieron cien caminos,
se fijaron estacadas
y se tendieron cien puentes
sobre arroyos y cascadas.

Y las cosas que se han hecho,
y que no ve tu mirada,
por conocerlas de niño,
ya no estoy para contarlas.

En lo pequeño y lo grande,
hasta en la mísera zanja,
los que murieron dejaron
de su fatiga la marca.

El abuelo de tu abuelo
vino de tierras lejanas
y la troje de su milpa
fue su primera cabaña.

Mi bisabuelo tumbó,
de la selva, la escurana;
algunos oyen de noche,
el golpe seco del hacha.

Amplió mi abuelo los lindes
y con los lindes, las zanjas.
Algunos oyen de noche,
el sonido de las palas.

Y abrí yo grandes potreros;
maté tigres y alimañas.
Oirán algunos de noche,
los disparos de mi huaca.

Ahora te toca a tu vez
y yo te digo: trabaja.
Que alguno escuche en la noche,
algo que deje tu fama.

No vendas nunca la finca,
pues vendes cosa sagrada.
Vendes con ella tus muertos.
Vendes con ella tu raza.

No sin razón, los antiguos,
una heredad la llamaban,
porque una finca hijo mío,
debe ser sólo heredada.

No la vendas, es ajena,
y traiciones la confianza
de tus muertos y tus hijos,
del pasado y la esperanza.

No la empeñes; que las fincas,
los intereses no pagan.
Ya te dije: dan la vida;
mas se apropian la ganancia.

Yo la obtuve de mis padres
y te la entrego aumentada.
Y tú entrégala a tus hijos,
si es posible, mejorada.

III

Calló el viejo. Una mujer,
que lo escuchaba llorando,
le puso un Cristo en el pecho
y le cruzó las dos manos.
Con un pañuelo enmarcó
la cabeza del anciano.

Besó el mancebo la frente
de lo que fuera el finado
y a un rincón se retiró
porque no vieran su llanto.
Cuando volvió la cabeza,
vio las velas alumbrando.

Salió luego al corredor,
y se oyó la voz de mando.
— Avisen al carpintero;
que limpien el camposanto.

Y la finca y él supieron
que eran al par, ama y amo;
o si ustedes lo prefieren,
una esclava y un esclavo.

ROMANCE DE LA QUIEBRA DEL CACAO

I

¡PLANTACIÓN DE SANTA CRUZ
a la vega de Camoapa!
Un silencio que se mete
a zumbar dentro del alma
con el hilo de la nota
del cantar de las chicharras.

La luz desgarrar la fronda
y sobre el suelo se cuaja.
Charcos de sombra y de sol,
se dijera que retratan,
hojas de plomo dormidas
en espejos de oro y plata.

En la calle más abierta,
las verdes jilas se clavan,
como en penca de palmera
las pulidas espadañas;
que pudieran ser estoques
o pudieran ser pestañas.

Las mazorcas de cacao,
por agosto maduras,
en colinas paralelas,
forjan como una cañada
para que pase el camino,
según que venga o que vaya.

En la cañada se tiende
la más bella de las mantas;
tejida de hojas de tó
que a las del plátano igualan
en la forma y en el tierno
verde nilo de su gala.

Por el túnel de la calle,
las quebradoras avanzan
entre sus blancas camisas,
entre el rojo de sus faldas.
¡Cómo les tiemblan los pechos!
¡Cómo les juegan las ancas!

II

Corto el romance al oír
como un latido lejano.
Es un perro que me pide,
desde el fondo del pasado,
asistir entre mis versos
a la quiebra del cacao.

Era joven, noble, fuerte,
ágil, intrépido y bravo.
Un instinto inteligente
presto al más leve reclamo.
Un resorte comprimido
entre la piel de un venado.

Fue sin duda, el que salvó
a la nieta de don Marcos.
Saltó el tigre. Saltó el perro.
En el viento se encontraron,
y en la garganta felina,
cuatro colmillos entraron.

Zamarreado por la fiera,
no la soltó sino cuando
el viejo pudo acudir
y matarla a machetazos.
En mi cuarto tengo el cuero
para testigo del caso.

Fue también el que mordió
a Julián el antebrazo,
obligándole a soltar
el cuchillo con que airado,
matar quiso a su mujer,
ebrio de celos y tragos.

Y aquí mismo, en Santa Cruz,
no lejos de ese macayo,
iba siguiendo feliz
el trotar de mi caballo,
sin presentir un peligro,
sin tropezar un presagio.

Súbite, el potro bufó,
parándose de manos,
cuando el perro saltó avante
y alzó en obra de un relámpago,
un reptil que retorció
su cuerpo y su alma de látigo.

Y en el propio instante vi,
del perro, el último salto;
subió casi en vertical
y azotó muerto en el barro,
con la nauyaca partida
en dos convulsos pedazos.

Y ahora torno a mi romance,
por mi perro acompañado.
En el cuento de su historia,
logró llegar a mi lado
y me sigue, como enantes,
a la quiebra del cacao.

III

—¡Bienvenidas, quebradoras!
Bienvenidas vuestras charlas.
Bienvenidas vuestras risas.
En las mazorcas aguardan
corazones, como el mío,
de fibras dulces y blandas.

Cercad las hojas de tó,
como rosas en guirnalda.
Sol que funde su cristal,
brotar hace en su esmeralda,
una laguna que copie
en cada moza, una garza.

Garzas-mujeres, morenas,
como la tierra tostada
que conservando su sombra,
pugna por ser colorada.
La más bonita se adueña
de una mazorca morada.

Hunde en ella la paleta
y al chasquido de la cáscara,
la mazorca dividida
en dos copas cinceladas,
ofrenda el vivo racimo
de sus almendras nevadas.

Y comienza el sacrificio
de las mazorcas hermanas.
Y las paletas repican
como si fueran maracas,
como si fueran chinchines,
como si fueran campanas.

Las almendras van cayendo
en la laguna fantasma
y las cáscaras vacías,
en curva inversa lanzadas,
pintan el aire y, en tierra,
con cien colores estallan.

Es la Quiebra del Cacao,
que va quebrando a distancia:
el suspiro de las brisas,
el murmullo de las aguas,
el silencio de la sombra,
el cantar de las chicharras.

El alfanje ensangrentado
de la flor de la alcaparra;
en el suelo del plantío,
los espejos de oro y plata;
y en el coro de mujeres,
las canoras carcajadas.

Carcajadas juveniles
que despeñan sus escalas.
Carcajadas marimberas,
como la de esa zagala,
que por ser yo Caporal,
le dicen la Caporala.

Y por no quedarse atrás
de la Quiebra que miraba,
el sol poniente quebró
la mejor de sus espadas,
para quebrar con su punta
la tarde tibia y dorada.

IV

¡Caporala, Caporala!
¡Mazorquita de cacao!

Quiero prender un cantar
entre tu pelo quebrado
para que brille un clavel
en la noche de un pecado.

Quebré tu sueño y tus ojos
me sonrieron, despertando,
y tornaron a dormirse
para seguirme soñando.

El corazón que tú tienes
en desdenes encerrado,
es más sabroso y más dulce
que el corazón del cacao.

En tu mirada sombría,
quebró la luna sus rayos,
y brotaron los luceros
y nacieron los cucayos.

Quebré tu boca y pensé
en fabricar un rosario,
con las perlas de tus dientes
y la cruz de mi calvario.

¡Caporala, Caporala!
¡Mazorquita de cacao!

V

Ya la Quiebra se quebró
asimismo en la escurana.
Las almendras que quedaron
en la calle solitaria,
han cegado con su nieve
la laguna imaginaria.

Pero mañana, en el río,
el vaivén de las canastas,
las almendras libraré
de su felpa dulce y blanda
para que el sol con su luz,
pueda de rojo pintarlas.

Y allá van las quebradoras
al acojo de sus casas.
Caminando su camino,
una se queda a la zaga;
si mis ojos adivinan,
es la moza Caporala.

Caporala no te alejes.
Caporala no te vayas.
El cantar que te prendí
en tu melena quebrada,
está pidiendo un pecado
con sus pétalos en llama.

En el momento en que el sol,
quebró la tarde dorada,
un racimo de luceros
y un racimo de esperanzas,
palpitaron de deseo
en el cielo y en mi alma.

Caporala ven conmigo,
que la Quiebra no se acaba.
Falta que quiebre una risa
tu boquita perfumada
y que yo quiebre mis besos
en tu boquita quebrada.

VI

¡Plantación de Santa Cruz,
a la vega de mi llanto!
El silencio de tu sombra,
sus chicharras olvidando,
ya no zumba con el hilo
de la nota de su canto.

Ya no esplenden tus mazorcas.
Nadie canta en tu arbolado.
Caporal y Caporala
hace mucho que apagaron
el clavel que fulguró
en la noche de un pecado.

Mas no llores; que tú vives
con la belleza de antaño.
Lo que vive en el recuerdo,
no sufre muerte ni daño;
queda en el tiempo absoluto
viendo que ruedan los años.

Así tú. Vives en mí,
y tus árboles pasaron.
Chupamiel que sostenido
en un punto del espacio,
inmóvil mira pasar
uno tras otro, los pájaros.

¡Plantación de Santa Cruz!
tú perduras y yo paso;
que este romance conserve
el recuerdo de tu encanto,
a la orilla del Camoapa,
a la vega de mi llanto.

ROMANCE DE LA QUEMA

OCHO JORNADAS DE SOL
tostaron hojas y ramas
en la enorme rozadura
que entre montaña y montaña
empezaron los machetes
y terminaron las hachas.

El acahual abatido
y la selva derribada
con su colcha de espesuras
envolvían la sabana;
mucho más que cuando erguidos
en la brisa se peinaban.

A su sepia se enroscó
ancha y negra guardarraya.
Sierpe que muerde su cola
al mismo pie de la jagua;
pero que corta un arroyo
con su serrucho de plata.

Injerta mayo en abril,
una rosa de sus galas.
El sol se queda dormido
a mitad de su jornada
y se proyecta en el centro
de sus pétalos de grana.

Aparecen por el norte,
en tumulto, nubes blancas,
que galopan el zafir
como jóvenes potrancas
que se van volviendo cebras
según enlutan sus franjas.

Ordena el amo quemar
ante el anuncio del agua.
El caporal, con sus hombres,
mensura, fija distancias,
y los forma en derredor
del cementerio de plantas.

Retirando de su boca
el morrón que chupa y masca,
por ver el viento, contempla
la fumarola que lanza.
Es el norte el que se lleva
la espiral de su elegancia.

—¡Fuego!, y el duro eslabón
sobre la piedra resbala.
Chorro de chispas anida
en la yesca azafranada.
Luego sesenta humaredas
cuentan sesenta fogatas.

Contra el viento las encienden,
amontonando hojarasca,
pues de hacerlo en su favor,
saltar pudieran la raya
y devorar plantaciones,
potreros, hules y casas.

— ¡Corran el fuego! La acción
sigue pronto a la palabra.
Con ramajes encendidos
las hogueras desparraman
y de afuera para dentro,
del fuego el círculo avanza.

Y las lumbres en el suelo
se distienden como manchas.
Son azules y amarillas,
verdes, rosas y violadas.
La luz del cielo se quiebra
en el cristal de las flamas.

Pero el humo forja un toldo
que la luz del sol apaga
y las llamas transparentes
se hacen sólidas y cárdenas.
Y entre más negro es el cielo
es más vivo su escarlata.

Con los chontales, los hombres
se están cubriendo las caras;
por el humo y el temor.
Algo vivo los espanta.
El fuego es vida. Como ella
se alimenta y se propaga.

Como ella, crece y destruye;
como ella, sube y se arrastra;
como ella, guarda el misterio
y como ella luce y mata.
Como ella sufre y se muere
y como ella, se hace nada.

Finge su voz un arrullo
que dilatándose arranca
de los cañales tendidos
gorjas de luz y de plata;
sobre un sordo rumoroso
de timbales y maracas.

Pero el canto se hace ronco.
Por momentos se agiganta.
Grita, maldice y blasfema;
ruge, retruena y restalla.
Ya no es el trino que arrulla,
es el incendio que canta.

Tromba de luz. Un botón
revienta en púrpura y gualda.
Dalia que se hace jacinto,
y pare un lirio fantasma,
cuyo cáliz es un *geisser*
de estrellas de oro y de nácar.

Y donde el polen cayó
nuevas flores se levantan.
En aquel cedro gigante
que respetaron las razas,
el fuego sube a la copa
aprovechando la zarza.

Gritan los monos, cogidos,
sus prietas colas enlazan
y en oscilante cadena
peludos cuerpos engarzan.
En un envión se desprenden;
pero en el aire se inflaman.

Hembra tímida quedó
en la cúspide incendiada;
salta, llora y desespera,
¡dicen que no tienen alma!
Queda quieta y se desploma
con el hijo a las espadas.

—¿Quién se queja? ¿Qué gemido
imitó la voz humana?
Cuerpo que brinca, la piel
canela de una venada.
Otro salto y se convierte
en humo y en llamarada.

En las tinieblas del cielo,
las aves giran borrachas;
cada vez con menos plumas
sobre la cruz de sus alas.
De repente se derrumban
como luces de bengala.

Como trozos de corteza
se desprenden las iguanas,
de los palos en que suben
a salvar sus esmeraldas.
En los hornos de sus conchas,
las tortugas se amortajan.

En las puntas de sus colas
se sostienen las nauyacas,
varas que tienen por puño
su cabeza pinta y chata.
Sus venenosos colmillos
en vano muerden las llamas.

Muere todo lo que vive;
cuanto rastra, vuela o anda.
El chico-solo en su cueva,
el chico-solo en manadas,
en sus borlas las ardillas,
en su encaje las arañas.

El pintado tepezcuintle,
el jabalí con la danta,
el mapache y el zereque,
codornices, tutupanas,
bejuquillas, mazacúas,
tuzas, toloques y ranas.

Sólo el arroyo pedrero
que con vapores se tapa,
de aquel valle de la muerte
logra salvarse y escapa
y cortando selva sigue
con su serrucho de plata.

Mar de luz entre la niebla,
mar que hierve y se agiganta.
Olas que vienen del sur,
rojas banderas en marcha,
chocan con olas del norte
que el viento empuja y exalta.

Y en el centro del infierno
se acometen y batallan;
pie con pie, cuerpo con cuerpo,
se retuercen y se abrazan
en bermejos remolinos
que el cielo negro taladran.

Fulgor de sangre trasudan;
quizá por ello se cansan;
lentamente disminuyen,
hacen la paz y se amansan
y mientras mueren, consumen
lo que dejaron las brasas.

Arrecia el viento y la nube
de tinieblas despedaza.
¡Campo de blanca ceniza!
¡Madera carbonizada
y gusaneras de oro
en los troncos, todo llagas!

Ora el espacio se quema,
una chispa de la hornada
prendió el rebaño de nubes
que en el zafir galopaba,
y arde el cielo con la lumbre
de sus crines alazanas.

Llueve y el aire trasciende
a olor de tierra quemada
en la enorme rozadura
que entre montaña y montaña,
empezaron los machetes
y terminaron las hachas.

El acahual abatido
y la selva derribada
de nuevo cubren el sitio
donde antaño se peinaban.
De la quema sólo queda
esta canción olvidada.

Un romance que vivió
el milagro de las llamas.
Como vieja rozadura,
de la lumbre, sólo guarda
la ceniza del recuerdo
y el carbón de las palabras.

ROMANCE DE PRIMAVERA

EL ÚLTIMO DE LOS NORTES
cogió camino del sur.
Dejó la tierra muy verde,
el espacio muy azul
y en los reinos de la vida,
primavera y juventud.

Una aurora se desgrana
en lecho de oro y de tul.
Todo el aire se embalsama
con jazmín y guayapul
y se cubren los potreros
de amapolas y orozús.

Pulsa el arroyo trovero
su bucólico laúd;
una cuerda se le rompe
al chocar contra el talud
y prende un iris su risa
en el llanto del sauz.

Una bandada de loros
pringa de verde la luz:
un rosario de esmeraldas
que persigue en el azur
un gavilán sabanero
para servirle de cruz.

Brama. Combate bravio
de machos en plenitud.
Una venada a lo lejos
ve con inquieta quietud,
que el suyo, quiebra por ella
las ramas de su testuz.

En la casa campesina,
toda paz y beatitud,
una niña trina un canto.
Nace en el cielo un querub,
y una flor abre su blanco
en la mata de islaú.

Galán que ronda le dice
con tierna solicitud:
—¿Quién te ha pintado de rosa,
Teresilla de Jesús?
¡En tu boca tiembla un beso
y en el beso tiemblas tú!

Y la niña se estremece
en pavor y gratitud.
Cierra los ojos confusa,
los abre con inquietud
y ve el espacio muy verde
y la tierra muy azul.

¡Quién turbara tu sentir
muchacha, flor o querub,
para que cierres los ojos,
los abras con inquietud
y ve el espacio muy verde
y la tierra muy azul

Soy el Norte que se aleja
por el camino del Sur
y que te deja esta queja
como una flor en tu reja
¡Teresilla de Jesús!

ROMANCE DE RAMÓN LÓPEZ

RAMÓN LÓPEZ, CARPINTERO,
el mejor de la ribera,
en el Santuario trabaja
bajo el caidizo de teja.

El negro pelo rizado;
lápiz cuadrado en la oreja;
los ojos negros y atentos
en el ir de su tarea.

El banco tiene grabada
de cada labor la huella.
A un lado tiene el tornillo
con una tabla de prensa.

Los útiles del oficio
esparcidos en la mesa;
formón, cepillo, serrucho,
y compás, escuadra y regla.

Chifla la vieja garlopa
y en el hueco que la centra
brotan largas serpentinas
que enróscandose, se quiebran.

Serpentinas transparentes,
como si de vidrio fueran
y que perfuman el aire
con su aroma de madera.

Berbiquines espirales
que en la caoba bermeja,
como gusanos de acero
verticalmente se entierran.

El torno rústico y grácil
con una banda de cuerda
para tallar las columnas
de las camas y las rejas.

Al maestro Ramón López,
carpintero de rivera,
le gusta mientras trabaja
estar oyendo poemas.

Y a mí que soy un muchacho
me pide siempre que lea,
versos de Acuña, de Plaza,
de Carpio, Flores y Peza.

Y mientras paso y repaso
la agotada biblioteca;
él acompaña las rimas
con el ritmo de la sierra.

Compensaba mi trabajo
para que no me aburriera,
con espadines de palo
copiados de las novelas.

Para mi arco de naranjo
me tallaba largas flechas
que llevaban en la punta
una pelota de cera.

Ramón López, carpintero,
el mejor de la ribera,
si ya no estás en el mundo
vivirás en mi poema,
acompañando mis versos
con el ritmo de tu sierra.

ROMANCE DE LOS SALUDOS

I

— **B**UENOS DÍAS, SEÑOR SOL:
llega con mucho retraso.
Hace lo menos tres horas
que están cantando los gallos.

El caracol desgranó
el turutú de su canto
y sus quejas se perdieron
en el silencio del campo.

Los zopilotes revuelan
en el azul del espacio,
como restos de la noche
que la aurora hizo pedazos.

Hace mucho que lo espero
en la puerta de mi cuarto
y usted de flojo durmiendo;
teniendo tanto trabajo.

Quite la niebla del río,
para que llene mi cántaro
con esa líquida luz
de los azules remansos.

Abra los pétalos rojos
del tulipán colorado;
que las rosas de Castilla
den su aliento perfumado.

Vaya secando la yerba
que los pies llevo descalzos;
dore las hojas del ceibo
para que canten los pájaros.

Deje contar a los loros
de sus nocturnos saraos;
que digan las chachalacas:
¡hay cacao! ¡no hay cacao!

Haga usted que los pijules
pringuen de negro los llanos;
que el zanate clarinero
lance su trino en el guano.

Que revuelen los pericos,
ráfagas verdes del vano
hojas que arranca la noche
y andan buscando sus ramos.

Sonroje las pomarrosas;
empurpúreme los mangos;
y luceros de oro prenda
en la fronda del naranjo.

Pegue fuego al frambollán
para que alumbre los prados
y tostar pueda sus vainas
en las brasas de sus gajos.

Que en la colgante colmena
se arremolinen los zánganos
en espera de una reina
que quiera el cielo por tálamo.

Limpie las crestas del cerro
y entre picacho y picacho,
cuelgue hamacas donde duermen
los horizontes lejanos.

Empalidezca las milpas,
haga mugir el ganado.
Suelte el chorro del relincho
del garañón del atajo.

El sol oyendo a la agüela,
porque acabara el regaño
abrió en arco, el abanico
más bonito de sus rayos.

II

—Buenas tardes, agüelita,
dijo la niña Pilar
asomando su carita
en la puerta del jacal.

Y su voz era más dulce
que la luz de su mirar
y eso que sólo tocaba
de sus labios, el panal.

— Buenas tardes, Lucerito;
pero qué bonita estás.
Hacen juego con tu boca
tus aretes de coral.

— Entra y dime ¿qué milagro
te ha traído por acá?
Hace mucho que las flores
no atraviesan mi portal.

— A Pichucalco se fueron
mi madrastra y mi papá.
Su aniversario celebra
Santo Domingo Guzmán.

— ¡Por más que se los rogué,
no me quisieron llevar
y a ver vine a su mercé
por si la puedo ayudar!

— Ya me ayudaste, mocita.
Dios te lo quiera premiar.
¡Al entrar tú por la puerta
se marchó mi soledad!

Ante el fogón se sentaron,
doncellez y ancianidad.
Las rojas lenguas del fuego
se movían, sin hablar.

—Acércame, nietecita,
mi leque de costurar
con el carrete de hilera,
las agujas y el dedal.

Amarró la vieja el hilo
en redor de su pulgar
y aventó luego el carrete
hacia la estrella polar.

Se fue el carrete rodando
y empezó a desenrollar
aquel hilo que tenía
la agüelita en su pulgar.

—Veme a buscar el carrete,
dice la vieja a Pilar;
se fue la niña en el hilo
como por camino real.

Un camino muy derecho
que echaba olores de azhar
y cruzaba los arroyos
sin subir y sin bajar.

La niña sigue el carrete,
sin que lo pueda alcanzar
y así llega a Pichucalco,
a la iglesia y al altar.

Se arrodilla y a su lado
ve a su novio Sebastián.
En su nicho se reía
Santo Domingo Guzmán.

En esto abrió sus ojazos,
roja como el tulipán.
En el pecho de la agüela
dormitaba su beldad.

— Buenas noches, agüelita,
dice el mozo Sebastián;
vamos los tres a la fiesta;
no me quieran despreciar.

Viendo el rostro de la vieja,
dice la niña Pilar:

— ¿Has tirado otro carrete
hacia la estrella polar?

— Vive tu vida muchacha.
No preguntes, a tu edad.
¿Quién puede decir que un sueño
es mentira o es verdad?

A Pichucalco caminan
Pilarcita y Sebastián
a que los case en su nicho
Santo Domingo Guzmán.

La agüela que iba con ellos,
fue quedándose detrás,
presintiendo que una amiga
la esperaba en su jacal.

Y conociendo quién era,
determinó regresar.
No quiso, que se quedara
¡tan sola, su soledad!

III

—Buenas noches, doña Luna
llega con mucho retraso;
hace tiempo que encendieron
sus zafiros, los cucayos.

El Angelus desgranó
la campana del Santuario
y sólo acudimos, yo
y un lucero solitario.

Los zopilotes, volviendo
de sus banquetes macabros,
de negros frutos cubrieron
las ramas secas del guásimo.

Tornaron las golondrinas
y estuvieron platicando,
con vestidos de etiqueta;
traje negro, pecho blanco.

Los murciélagos salieron
de las tejas del tapanco,
y una lechuza dio el gris
traje y de su canto.

Hace mucho que la espero
en la puerta de mi cuarto
y usted de floja durmiendo
teniendo tanto trabajo.

Filtre su luz en la fronda
del amate del barranco
para que jueguen los duendes
con las hadas del remanso.

Vaya mojando la yerba
con las perlas de su llanto.
Haga de plata ese ceibo
para que sueñen los pájaros.

Vaya regando cenizas
en el frambollán del prado
para que no se le apaguen
los braseros de sus gajos.

Quieren cuajarse en su luz
las gardenias y los nardos;
las flores de los corazos
como racimos nevados.

La está esperando Ventura
en el tronco del mulato,
con la canción en la boca
y la guitarra en la mano.

La Virgen de Guadalupe
quiere subirse en sus tarros.
¡Qué no corte su cuchilla
sus piecitos descalzos!

Ilumine aquel corral
donde juegan los muchachos
para que puedan gritar:
—¡Martinillo! ¡Señor Amo!

La luna oyendo a la agüela,
por que acabara el regaño,
abrió, en arco, el abanico
más bonito de sus rayos.

ROMANCE DE LA LAGUNA ENCANTADA

I

EL VIEJO ESTEBAN HERNÁNDEZ
contratista del Santuario,
levantó seis motelares
y con los pesos ganados
y compró tierras en Sunuapa
y una moza de ojos claros.

Pero nunca, sembrador,
listo fue para mercados;
le dieron gato por liebre,
según refrán afamado,
y si penó de finquero,
penó más como casado.

Aburrido de disgusto,
dejó la mujer y el rancho
y con machete en el cinto
y su bordón en la mano,
siguiendo el agua del río
entró a tierras de Tabasco.

En Mecatepec lo vieron,
una vez, en muchos años,
llevando un voto en pintura
para adornar el retablo.
Dibujo de una laguna
con muchos pejes y patos.

Y ya lo daban por muerto
cuando, finando el rosario,
al Santuario regresó
en una noche de marzo,
con el machete en el cinto
y su bordón en la mano.

Quizás un vago recuerdo
de su juventud lo trajo;
tal vez capricho de ver
mazorcas de su sembrado
o el deseo de morir
a la sombra de sus amos.

De su nocturnas historias,
conservo fiel un relato;
que escuché viendo en el cielo
un zafiro solitario
que pudo ser un lucero
o la lumbre de un cucayo.

II

Tres días, el peregrino,
en vano buscó posada,
perdido rumbo y camino
en la desierta sabana
y por la tarde llegó
a la Laguna Encantada.

Llena estaba hasta los bordes
de luz de luna cuajada;
de las copas de sus árboles,
bejucos como guirnaldas,
dejaban caer en chorros
orquídeas rojas y blancas.

Pintaban las mariposas
de lila y rosa sus playas;
las chinas eran de perlas,
sus arenas de oro y plata
y saturaba el ambiente
olor de trébol y albahaca.

Rumor de voces y trinos,
rumor de risas calladas;
grandes pájaros abrían
en un tierno azul sus alas
sin poderse adivinar
si eran ángeles o garzas.

Melodías imposibles
sus acordes desgranaban,
como si batiendo el aire
el tañer de mil campanas,
una cuerda de silencio
desflorase sus escalas.

En ella brota la luna
y el sol de la madrugada.
En ella van a dormir
las estrellas desveladas
empedrándole su lecho
de rubies y esmeraldas.

Llenó su jícara, Esteban,
en la linfa inmaculada;
cuando a sus labios llegó,
no tenía gota de agua;
pero su sed se acabó
como vela que se apaga.

Su redecilla pescó
macabiles y mojarras;
pero cuando su cordel
les pasó por las agallas
sólo vio las lentejuelas
de sus vívidas escamas.

Un cayuco de coral
con verde toldo de laca
resbalaba en el cristal
de la superficie mansa.
Del boga sólo se ve
el canaleta de nácar.

Tórtolas y colibrís
con gavilanes jugaban,
los tigres y las panteras
con venados y venadas;
nadie con miedo vivía,
nadie por miedo mataba.

Cuando tenía el antojo
de refrescarse la cara
por las juntas de sus dedos
hilos de luz escapaban.
Y así vivió largo tiempo
en la Laguna Encantada.

No tuvo calor de día,
ni frío por la mañana,
ni hambre ni sed, a sus horas,
ni sueño, porque soñaba
cuando se hallaba despierto
o cuando dormido estaba.

Pero un día recordó
aquellos ojos que amara
y vio sus aguas profundas
en brocales de pestañas
y al suspirar, se encontró
muy lejos de donde estaba.

Y empezó luego a sufrir
recorriendo la sabana;
no pudo hallar la vereda
de la Laguna Encantada,
ni pudo olvidar los ojos
de aquella mujer lejana.

III

El viejo Esteban Hernández
no salió más del Santuario;
no quiso recuperar,
ni su mujer ni su rancho,
por amor a la laguna
que ya no vio ni soñando.

Cuando partió para siempre
con rumbo del camposanto,
se fue sin machete al cinto,
sin el bordón en la mano
y la Laguna Encantada
me dejó como legado.

Dos ocasiones la vi
a lo lejos, en un llano;
una vez que estuve enfermo
y al decir agonizando;
otra vez en un recuerdo
de algo que tengo olvidado.

Pero conviene advertir
que me tienen por "tocado"
desde que viendo en el cielo
un zafiro solitario
ya no pude distinguir
si era lucero o cucayo.

ROMANCE DEL CICLÓN

EL SIGLO FUE DIECINUEVE
y setenta y siete, el año.
El mes nadie lo recuerda;
se lo disputan, en vano,
alcaparras de diciembre
y las chicharras de mayo.

Un huracán devastó
la sierra de Pichuocalco
y acabó con lo mejor
de la hacienda del Santuario:
un moteral que tenía
cien mil plantas de cacao.

Salió el sol, por la mañana
como el doble de tamaño,
en una roja neblina
impenetrable a sus rayos.
Cuando la pudo romper,
se vio que estaba muy pálido.

Bocanadas de aire frío
pasaban de rato en rato;
en una de ellas, llegó
una bandada de pájaros
que azotó sobre la tierra
como lluvia de guijarros.

Cerrazón del horizonte;
lívida luz en el campo.
Una lanza de oro vivo
se quebró sobre el mulato
y todo el cielo tronó
como haciéndose pedazos.

Carreras en los potreros
y bramidos del ganado;
relinchos de garañones
con una nota de espanto,
contestados por gemidos
de las yeguas del atajo.

Entre las rachas de viento,
se borraron los espacios.
Las palmeras y los cocos
se doblaban en arco,
y humillándose, barrían
en el suelo, sus penachos.

Y el ciclón apareció
precedido de chubascos:
monstruo invisible a los ojos,
pero perceptible al tacto,
pues se palpaba su cuerpo
en su fuerza y sus estragos.

Era, su ser, un empuje
de gigantescos centauros,
que castigaban la tierra
con sus millones de cascos
y destrozaban la selva
con sus millones de manos.

Manos que arrancan las frondas
y después tumban el árbol;
manos que abaten las cercas
de ciruelas y naranjos;
manos que tiran las casas
de caña verde y de guano.

Manos que entran en el bosque
como si entraran a saco,
y se llevan sus despojos
tremolándolos en alto.
Y hay una fuga de selvas
azotadas por relámpagos.

Y dos días con sus noches
galoparon los centauros;
entre turbiones de lluvia,
entre alaridos de pánico.
Cuando encontraban los ríos
les daban curso contrario.

En la tercera mañana,
cesó el ciclón por ensalmo.
Salió el sol, rubio y alegre
sobre un paisaje de llanto,
que un irónico arcoiris
daba su curva de marco.

El amo de aquella hacienda,
denominada Santuario,
con el ceño triste y grave
montó su potro gateado,
y hacia la loma más alta
dejó subir el caballo.

En medio del motelar,
sólo él estaba parado.
En las cuestas se tendían
cien mil plantas de cacao,
con las raíces de fuera
y el noble fruto en el barro.

Y el motelar era logro
de diez años de trabajo;
por tenerlo se adeudó
y abandonó los sembrados;
de limpiar dejó las milpas
y de recoger sus granos.

Y por la primera vez,
con un profundo desmayo,
sintió que la trepadora
de las penas y los años,
maniataba, con bejucos,
la fe que tuvo a su brazo.

Lentamente regresó
a la casa sin tejado
y no advirtió su tristeza,
en los muros inviolados,
que nunca cede al ciclón
lo que está bien cimentado.

La esposa de ojos azules
los vio venir consternado,
y al fin mujer, lo abrazó
como pidiéndole amparo;
y el varón que en él había
resucitó como Lázaro.

Buscando donde apoyarse,
al sentirse necesario,
del pobre Cristo de Tila,
miró el débil cuerpo magro
y arrodilló la amargura
de su corazón amargo.

Y así estuvo largas horas;
pero sin mover los labios.
Cuando se puso de pie,
quizá por gracia del santo,
su fe se abrió en la esperanza,
como una flor de milagro.

Y al nuevo día partió
a rebuscar en almácigos;
plantó las nuevas matitas
con paternales cuidados
y mirar pudo, en un mes,
que todas ellas pegaron.

Y sembró luego la sombra,
la sombra de los madreados,
en rectángulos perfectos,
con los cordeles de cáñamo
y hubo un nuevo motelar
en el curso de los años.

En seis años florecieron
cien mil plantas de cacao
y entre otros seis, las cien mil,
doscientas mil se tornaron.
Del ciclón sólo quedó
el recuerdo de un nublado.

Don Isidoro Gurría
era el dueño del Santuario.
El siglo fue diecinueve
y setenta y siete el año.

ROMANCE DE LA PALABRA

DON MACARIO QUE ME OÍA
una vez que fui su huésped,
maldecir con el lenguaje
de un costeño impenitente,
me dio la clara lección
que aquí rimo para siempre.

El poder de hablar se dio
a los hombre solamente.
La palabra es algo vivo
por el verbo que contiene.
La palabra pronunciada
ni se olvida ni se pierde.

La palabra dura tanto
o quizá más que la gente;
tiene por cuerpo la voz
que el aire anima y envuelve
y por alma el pensamiento
engendrado por la mente.

La palabra sucia mancha
desde luego al que la vierte;
después, al que la repite;
a quien después la recuerde
y va matando purezas
en donde quiera que suene.

Nunca pronuncies palabras
que las almas envenenen;
ni las palabras del odio,
ni las palabras que mienten,
porque le entregas al mal
el poder del que carece.

El pensamiento malvado
en el silencio perece,
mas si le prestas tu voz,
le das el cuerpo que quiere
y va perdiendo las almas
con el virus de sus heces.

Como pienses con palabras
si son de lodo, descienes;
pero en cambio si son bellas
sabrás de cosas celestes
que te elevan a los astros,
cándidos lotos del Eter.

Si lo negro nos espanta,
es por el nombre que tiene.
Dile noche y al instante
en luceros se resuelve,
en románticos amores,
en canciones y en rondeles.

Y la muerte sólo es cruel,
porque le dicen la muerte.
Dile aurora y en el acto
se tornará refulgente
y te hablará de otra tierra.
de otro sol y de otro oriente.

Di, tú, palabras que arrullen;
di, tú, palabras que sueñen;
di palabras que bendigan,
di palabras que consuelen
y vayan dando a los hombres
el almíbar y sus mieles.

Di palabras clarineras
que las auroras despierten;
di palabras campaneras
que los ángeles congreguen;
di palabras que se rían
como claros cascabeles.

Di palabras inefables
con aroma de vergeles;
di palabras de colores
que sugieran al que oyere,
que en los arcos de los iris
embrujaiste tus pinceles.

Las palabras nobles forman
como una escala ascendente,
por donde subes al cielo
y muchas veces sucede
que Jesús baja por ella
y sus dos brazos te tiende.

Yo no seguí la lección
y poblé el mundo de duendes;
mas también hubo querubes
que de mí se compadecen
y me amparan con sus alas
hechas de pluma y de nieve.

José María Gurría Urgell nació en Pichucalco, Chiapas, el 6 de agosto de 1889. Estudió la carrera de Jurisprudencia en la Universidad Nacional de México, y fue uno de los fundadores de la Escuela Libre de Derecho. A la edad de 50 años se dedica a escribir la obra poética que integra esta recopilación. Cronológicamente escribió el 'Romancero del Santuario' en honor a la finca en el Estado de Tabasco en donde vivió su juventud. Más tarde escribió los romanceros 'Tabasco', 'Grijalva' y 'Pichucalco'. Posteriormente, el 'Romancero del Recuerdo', 'Romance de los tres Dioses' y 'Romancero de Veracruz'. Finalmente fue publicada la 'Antología del Recuerdo'. Las cuatro últimas son obras póstumas. Falleció en la Ciudad de Veracruz el 25 de Agosto de 1965.



Gobierno del Estado de Chiapas
Instituto Chiapaneco de Cultura

ISBN 968-6492-91-7: OBRA COMPLETA
ISBN 968-6492-95-X: VOLUMEN 4

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

ict
Ediciones

ISBN 968-889-248-3: OBRA COMPLETA
ISBN 968-889-252-1: VOLUMEN 4



NT: 25562